

UW

UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

POESÍA



No hay extensión más grande
que mi herida

Antología poética

Miguel Hernández

La Editorial UV de la Universidad de Valparaíso ha decidido liberar este texto para descarga gratuita con el fin de facilitar el acceso al mismo y seguir difundiéndolo.

Miguel Hernández

No hay extensión más grande
que mi herida

Antología poética

Selección, prólogo, comentarios y notas de Rafael Rubio

Epílogo de David Preiss

Ilustraciones de Julio Escámez

© Miguel Hernández

No hay extensión más grande que mi herida. (Antología poética)



Proyecto UVA2393

«La UV contribuye a la disminución de las brechas de acceso al arte, la cultura y el patrimonio»

© Editorial UV de la Universidad de Valparaíso

Vicerrectoría de Vinculación con el Medio

Av. Errázuriz N°1108, Valparaíso

Colección Poesía

Primera edición, abril 2017

Versión digital, abril 2024

ISBN: 978-956-214-185-7

Registro de Propiedad Intelectual N° 277.590

Directora editorial: Jovana Skarmeta B.

Editora general: Arantxa Martínez A.

Coordinación fomento lector: Constanza Castillo M.

Diseño de portada: Felipe Cabrera A.

Diagramación y diseño: Gonzalo Catalán V.

Corrección de estilo y de pruebas: Micaela Paredes B.

Obras de Julio Escámez (grabados y dibujos en agua tinta). En portada y en *El rayo que no cesa*: «El retorno». En *Perito en lunas* «Amantes en el bosque». En *El silbo vulnerado*: «Regreso al atardecer». En *Viento del pueblo*: «Tierra desolada». En *El hombre acecha*: «Construcción». En *Cancionero y romancero de ausencias*: «El salto del ilusionista». En *Poemas dispersos*: «Río escondido». En *Epílogo*: «Bodega de chatarra». En *Colofón* «Paraguas del pobre». En retiro anterior de portada «Muchacha del sur» (xilografía) y en retiro posterior de portada «Pocuro» (óleo).

Administración y ventas: Francisca Oyarce V.

Contacto: editorial@uv.cl

www.editorial.uv.cl

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema, sin la expresa autorización de la editorial.

Sugerencia para citar este libro electrónico:

Hernández, Miguel. *No hay extensión más grande que mi herida. Antología poética*. Editorial UV, edición impresa 2017, edición digital 2024.



UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

EDITORIAL

POESÍA

No hay extensión más grande que mi herida

Antología poética

Miguel Hernández

Prólogo

Miguel Hernández nació el 30 de octubre de 1910, en Orihuela (Alicante). Su padre se dedicaba a la cría de un rebaño de cabras y muy pronto necesitaría la ayuda de sus hijos. El futuro poeta llegó a transformarse en un verdadero perito en el cuidado de los animales. Dicha dedicación cotidiana lo llevaría a considerar, más tarde, la poesía misma como un oficio estricto, un ministerio, una ocupación permanente, además de permitirle un contacto directo con la naturaleza.

Hernández asimiló el entorno natural y el paisaje a sus temas primordiales, como la muerte, el amor y la ausencia, no como un mero telón de fondo de una emoción, sino como la materia misma de su poesía, sus metáforas y símbolos.

Su aprendizaje poético está transido por el paisaje y la naturaleza, al mismo tiempo que por su lectura de Góngora, quien en su *Fábula de Polifemo y Galatea*, por ejemplo, construye su lenguaje a partir de una naturaleza pletórica y desbordante, al mismo tiempo que lúgubre y oscura: muerte y vida, luz y sombra aunadas por ese barroquismo que Hernández aprendiera y ejecutara con tanta destreza.

Se podría hablar de una naturaleza que adolece y goza en sus poemas, sufre y celebra al mismo tiempo; junto con el propio poeta que vive esas emociones. Esa relación de compenetración entre el poeta y el entorno natural me recuerda la *Égloga primera* de Garcilaso de la Vega, donde el paisaje sufre y se conduce de la tristeza de los pastores y reacciona de acuerdo con las emociones representadas. Manifestación poética de la cosmovisión neoplatónica de los renacentistas, para los cuales habría una correspondencia analógica entre el hombre y la naturaleza: cualquier alteración producida en el ámbito particular, humano, ocasionaría también una alteración de todo el orden. La poesía de Miguel Hernández es, en cierta medida, una poesía del paisaje, entendiendo por paisaje el vínculo entre la naturaleza y un sujeto que la contempla y establece un vínculo afectivo con ella:

una relación de amor. Lo que define la relación entre el paisaje y su poesía es la pasión, entendiendo por pasión el impulso amoroso y el padecimiento. El paisaje habla en sus poemas el lenguaje de la pasión. La misma pasión con que Hernández habla del amor y de la muerte, individual y colectiva en sus poemas primordiales. Si Hernández es el gran poeta que es se debe, principalmente a que logró encarnar la pasión en el lenguaje, con todo lo que esa pasión conlleva: rabia, amor, desgarró, gozo y padecimiento: *hoy estoy sin saber yo no sé cómo / hoy estoy para penas solamente* («Me sobra el corazón»).

Desde la pasión individual de *El rayo que no cesa* hasta la pasión colectiva de *Viento del pueblo*. Miguel Hernández logró crear una sintaxis para la pasión, así como el poeta peruano lo hiciera con el dolor en *Trilce*, su célebre libro. Pocos poetas han logrado tal compenetración entre lenguaje y emoción. Pienso en Vallejo, por sobre todo, y su voluntad de llevar el dolor como significado al plano del significante. La primera poesía de Hernández es una poesía que celebra la forma y la técnica, con gozosa exultación, como quien halla en las palabras materia de regocijo, y este gozo está transido por la relación amoratoria con el entorno natural. El primer libro de Miguel Hernández, *Perito en lunas*, publicado en 1933, nos muestra a un poeta joven que exhibe muy tempranamente un dominio cabal de la técnica, una pericia prematura en el arte del verso. Un pastor prematuro de un lenguaje de extrañas cabras. Esta será una característica de su obra entera; el estricto dominio de la forma, que transitará desde el barroquismo gongorino hasta la dicción popular, y social, que habla para el pueblo y desde el pueblo. La pericia en el verso será siempre su rasgo distintivo, tanto cuando escribe en verso métrico como cuando lo hace en verso libre. Pocos poetas son capaces de exhibir un dominio técnico análogo, en sus primeras obras. Por el contrario, muestran una inseguridad inicial, un cierto titubeo en el uso de la palabra, una inadecuación entre la técnica y el contenido, que algunos designarían como inmadurez. La poesía de Hernández, en cambio, nació madura, prematuramente, con esa misma premura con que la muerte se llevó a su autor, antes de tiempo, en 1942, una muerte colectiva, una injusticia pública que sólo la poesía podría llegar a reparar. En *Perito en lunas* el lenguaje se celebra a sí mismo, gozosamente, como

un niño que abre los ojos por primera vez a la vida. Se trata de una poesía del festejo, donde el poeta experimenta en los objetos una epifanía. La palabra, pues, descubre su condición de palabra, en toda su magnitud; es decir, su dimensión material —fónica y fonética—, y semántica: «¡A la gloria, a la gloria toreadores! / La hora es de mi luna menos cuarto. / Émulos imprudentes del lagarto».

Perito en lunas es, sin duda, un libro de difícil comprensión, si no se lee como un texto donde el significado es la forma misma, celebrándose y creándose, en permanente y unísono movimiento.

En sus libros posteriores, como *El rayo que no cesa* y *Viento del pueblo*, el hermetismo inicial de su poesía se dirige hacia una dicción más popular, cercana a lo que un poeta posterior, el chileno Jorge Teillier, llamaría «poesía de la comunicación», esto es, una poesía transparente, que logre idealmente, el vínculo inmediato con un lector amplio, no especializado. Transparencia que, no obstante, no abandonaría jamás una rigurosidad verbal que libraría su lenguaje de la mera simplicidad.

Prematuro de parto y temprano de tumba, Miguel Hernández logró el encuentro con su estilo, a edad muy temprana. Si en *Perito en lunas* demostró su pericia en el arte de verso, en *El rayo que no cesa*, demostró el encuentro entre una técnica y una experiencia vital. Luego vendría el influjo de Quevedo, casi tan vigoroso como el de Góngora. Quevedo y Góngora aunados en un esfuerzo por crear un lenguaje que responda a la necesidad de superar la poesía como hecho individual y conducirla hacia una realidad colectiva y social, y a la vez, superar la muerte como hecho individual, y llevarla hacia su ser público, político, como en *Vientos del pueblo*. Lo quevediano acerca a Hernández a César Vallejo, en lo que respecta a sus audacias verbales, a sus quiebres sintácticos, a su inédito tratamiento de la oralidad.

Cuando Hernández aborda la muerte lo hace casi siempre como si fuera un hecho colectivo, que aunque el punto de partida sea individual compete a una colectividad que siente esta muerte como una injusticia, o como un hecho que debe ser reparado para restituir un orden y una armonía: el orden justo, tal vez, entre vivos y muertos. Su poesía implica entonces, junto a una estética, una ética que persigue un orden justo; su carácter social busca reponer un orden de justicia

en un contexto donde lo público ha sido mancillado por ese exceso de preocupación por lo individual que caracteriza la poesía lírica. Por eso, la poesía de Hernández buscará alejarse de lo puramente lírico y acercarse a formas de expresión en las que lo colectivo adquiera mayor protagonismo. La poesía de Hernández supera el individualismo cuando encuentra en lo colectivo la posibilidad de construir una ética, y una estética ligada a ella; trabajar con la palabra, que es un bien común, para construir una conciencia social que derive en una acción o en un conjunto de acciones. La ética del trabajo poético de Hernández es trabajar con pasión en la construcción de un lenguaje colectivo, que dé cuenta de un dolor comunitario. Pasión que, a fin de cuentas se constituya como un signo vital de la muerte en el poema, entendiendo la muerte como la consecuencia última del amor.

Su poesía es social cuando encuentra en lo particular una motivación colectiva; incluso cuando la temática pareciera ser intrínsecamente individual, como el amor o la muerte de alguien. Lo político de su escritura se revela cuando su técnica se pone al servicio de un requerimiento público y abandona su carácter lírico para asumir un tono que podríamos definir como heroico.

Lo que conmueve de *Viento del pueblo* es la capacidad de hacer hablar a los otros a través de la propia voz y de dotar la propia voz de la facultad de hablar a través de una comunidad silenciada por ese dolor sin nombre que implica no tener una voz ni un lenguaje. El lenguaje en *Viento del pueblo* celebra y se conduce por ese lenguaje sin voz que habla por todos y a todos.

En unas palabras públicas, con motivo de la muerte de Pablo de la Torriente, en Alicante, en 1937, dijo: «Vivo para exaltar los valores puros del pueblo y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir». Este vivir como morir, es decir, cuando la muerte se muestra como el acto más urgente de la vida, constituye, de alguna manera la síntesis de su ética poética, que no es otra que una ética vital, que Hernández no dejó nunca de tener en consideración.

Poco tiempo después, en la madrugada del 28 de marzo de 1942, después de tres años de persecuciones y cárceles, víctima de la represión franquista, murió en la prisión alicantina —en la tierra que tanto quiso—, a los treinta y dos años de edad. Poeta tan prematuro que

bien puede decirse de él que le llegó la poesía antes de tiempo, antes, mucho antes de su vida, en un tiempo anterior a la resurrección de la carne. No sé cuáles habrán sido sus últimas palabras. Imagino que estas, provenientes del último verso de su célebre soneto de *El rayo que no cesa*: «Adiós, amor, adiós hasta la muerte», verso que contiene dos de las palabras más gravitantes en su obra: amor y muerte, vividas, celebradas y padecidas con esa intensidad que sólo un poeta como Hernández podría concebir y tolerar, sin caer en el silencio.

Rafael Rubio B.

Nota a la edición

En esta edición de la poesía de Miguel Hernández, dialogan la palabra viva de uno de los más grandes poetas de habla española del siglo XX con las ilustraciones de un gran maestro de la pintura mural, el grabado y el óleo, el pintor chileno Julio Escámez, quién ilustró la obra de varios escritores de su tiempo, entre ellos Pablo Neruda y Miguel Serrano. Ilustrar con sus dibujos la poesía de Hernández es un gesto coherente por su especial sensibilidad con la literatura.

La obra de Escámez ha sufrido el abandono, el deterioro y la destrucción, y su recuperación es una tarea pendiente. Esperamos que el incluirlo en esta edición sea solo un paso en esa necesaria e ineludible recuperación de un artista que, como Hernández, se comprometió con la vida popular, sus dolores y carencias y con la tierra.

Respecto a la selección —realizada por Rafael Rubio— se han escogido poemas de todos sus libros publicados en vida y póstumos, junto con poemas dispersos que aparecieron en revistas y en otros soportes. Cabe destacar que se ha optado por incluir íntegramente *El rayo que no cesa* (1936). Para la transcripción de los poemas se han consultado varios libros de Miguel Hernández, aunque el libro que ha sido la referencia principal es *Obra poética completa* (Alianza Editorial, 2012).



Perito en lunas
(1933)

Comentario a *Perito en lunas*

El título de este primer libro de Miguel Hernández, alude directamente a una pericia, a un entendimiento de alguien en algo. El autor se enuncia a sí mismo como un perito, un experto en una materia específica. Creemos que esa materia concierne al trabajo poético y a la estructura métrica en que está escrito el libro entero: la octava real, estrofa de origen italiano que emplea la rima consonante y está formada por ocho versos endecasílabos, donde los seis primeros riman en alternancia y los dos últimos forman un pareado, constituyendo el andamiaje métrico sobre el que se construye el mayor poema barroco escrito en español: la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora.

La pericia técnica es, sin duda, la dimensión que más resalta en los poemas que componen *Perito en lunas*. Más que el tema mismo, que a menudo es difícil de dilucidar, por la dificultad formal que entraña —recursos barrocos llevados a su extremo—, importa aquí la exhibición de una técnica. Gran parte de las octavas parecen ser extensas perífrasis que ocultan y develan un objeto concreto (gallo, toro, etc.), que es reemplazado por un complejo rodeo de palabras que funciona como una adivinanza, o un acertijo.

Con *Perito en lunas*, primer libro de Miguel Hernández, el poeta demuestra un saber técnico prematuro, a la vez que declara un saber y una experiencia de aprendizaje de un modelo poético concreto: la poesía de Góngora, conocimiento formal que acompañará, de uno u otro modo, la producción total de Miguel Hernández, aunque después sea enriquecida con otras lecturas y experiencias que le otorgan a esa pericia inicial y prematura, nuevos contenidos y formas de expresión.

La palabra «luna», para los simbolistas y postsimbolistas franceses, entre ellos André Gide, significa «poema». *Perito en lunas* querría decir entonces, perito en poemas, o el que sabe escribir poemas.

Poesía de ornamentación, donde el sentido es el pretexto para construir un objeto de exhibición verbal: la exhibición de una

destreza que en los libros posteriores irá aunada a la profundidad de una experiencia que desborda con creces la pericia verbal, para constituirse en una pericia vital. El libro inicialmente llevaba el título de «Poliedros», que destacaba aún más el carácter artificioso de los poemas, incluso su óptica deshumanizada, técnica, meramente arquitectónica, donde lo primordial es el objeto que está detrás de cada poema, como un acertijo ofrecido a la artes del ingenio. Poesía objetual, como la del Góngora de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, donde el sujeto se difumina detrás de un entramado verbal, lleno de lujo y artificio.

En un contexto donde en las producciones más jóvenes prima el sentido o la experiencia vital, por sobre la técnica, *Perito en lunas*, en cambio, pone el artificio en un lugar protagónico, como queriendo demostrar que la pericia poética parte del dominio técnico más riguroso, como condición básica del hacer poético, o en otras palabras, que primero está la técnica y luego la experiencia vital que dicha técnica se encargará de codificar. Dicho dominio supone una ética que no abandonará nunca Miguel Hernández, aunque su poesía devenga posteriormente en una expresión más contenidista como en *Vientos del pueblo*, poemario donde la experiencia social está por sobre la experiencia individual de un autor más preocupado de la factura técnica de los poemas que sobre el contenido humano de los mismos. Hernández, como también Vallejo, un poeta con el que coincide en muchos aspectos, logra demostrar en su práctica poética, que la pericia formal en sí misma no excluye una preocupación por la experiencia, sino incluso funciona como una técnica de extracción del contenido humano que habita en las palabras y que el trabajo formal logra dar a luz, como una especie de partero de la vida en el poema.

XIII

La rosada, por fin Virgen María,
Arcángel tornasol, y de bonete
dentado de amaranto, anuncia el día,
en una pata alzado un clarinete.
La pura nata de la galanía
es este Barba Roja a lo roquete,
que picando coral, y hollando, suma
«a batalla de amor, campos de pluma»*.

* Este es un verso perfectamente bimembrado; es decir, dividido en dos partes sintácticamente simétricas, con una marcada pausa inmediatamente después de la sexta sílaba. La bimembración es un recurso técnico muy usado para rematar las octavas reales, generando un efecto de contrabalanceo, de equilibrio con que se quiere contrapesar la intensidad de la estrofa. El verso pertenece a la «Soledad primera» del gran poeta barroco español Luis de Góngora, la influencia más gravitante en este primer libro de Miguel Hernández.

XV

Por donde quiso el pie fue esta blancura,
no por ingeniería, en evasiva;
cuya copa de lana dulce, apura
la que con sus pezuñas más la activa.
Serpentina por eso está; segura
en la sombra, presente a fuerza viva,
sabiendo su desagüe y su remanso
por los que suenan faros sin descanso.

XXIX

¡Lunas! Como gobiernas, como bronces,
siempre en mudanza, siempre dando vueltas.
Cuando me voy a la vereda, entonces
las veo desfilar, libres, esbeltas.
Domesticando van mimbres, con ronces,
mas con las bridas de los ojos sueltas,
estas lunas que esgrimen, siempre a oscuras,
las armas blancas de las dentaduras.

XXXIII

Trojes de la blancura, puesta en veta
por la palma de dátiles pastores,
el atesado peso par asueta:
¡qué plurales blancuras interiores,
para exteriorizarlas a hilo, aprieta!
Manatales de luna, las mejores,
en curso por aquel que suma ciento,
padre de barba y sobra en un momento.

XXXIV

Coral, canta una noche por un filo,
y por otro su luna siembra para
otra redonda noche: luna clara,
¡la más clara!, con un sol en sigilo.
Dirigible, al partir llevado en vilo,
si a las hirvientes sombras no rodara,
pronto un rejoneador galán de pico
iría sobre el potro en abanico.

XXXV

Hay un constante estío de ceniza
para curtir la luna de la era,
más que aquella caliente que aquél iza,
y más, si menos, oro, duradera.
Una imposible y otra alcanzadiza,
¿hacia cuál de las dos haré carrera?
Oh, tú, perito en lunas: que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa.

XXXIX

Bajo el paso a nivel del río, canta,
y palomos, no, menos, elimina,
sobre la piedra, de quejarse, fina
en el agua de holanda batir tanta.
Fina; y cuando botija es todo cuanta,
y de ovas, cual de cañas él, se crina,
al aire van dos ínsulas afines,
entre dos aguas y ovas, bajo crines.



El rayo que no cesa
(1936)



Comentario a *El rayo que no cesa*

El rayo que no cesa está compuesto principalmente por sonetos, en los que se puede constatar una superación del gongorismo del primer libro. Miguel Hernández ya no necesita demostrar una pericia en el arte del verso; ya habiendo demostrado categóricamente su virtuosismo técnico, sin abandonar ese conocimiento, se aboca a la tarea de dar forma a una sustancia humana, donde el amor y la muerte tienen una presencia protagónica. Escritura que sin abandonar el bagaje técnico aprendido de Góngora asimila otras lecturas que la enriquecen hondamente: entre ellas, Quevedo, cuyo poema «Amor constante más allá de la muerte» resuena vivamente en sus sonetos, en lo que respecta a la relación entre amor y muerte, por un lado, y la factura conceptual, por otra. Se trata, sin duda, de un libro capital en la bibliografía de Miguel Hernández. Si *Perito en lunas* es, en cierta medida, un libro sin contenido, *El rayo que no cesa* es un libro cuya desgarradora profundidad temática demuestra que el poeta es capaz de abordar temas humanos de primera urgencia, sin necesidad de exhibir un conjunto de técnicas ni de formas, que lo legitimen como poeta «perito». *El rayo que no cesa*, ya es el libro de un poeta, y no sólo el libro de un escritor de poemas. La diferencia entre ambos radica en el hallazgo de un lenguaje que establece una relación de necesidad con su materia o contenido, o un contenido que ha hallado la materia de su forma. Se trata un libro mayor, por ese encuentro vital entre una forma y un lenguaje, que halla en la «Elegía a Ramón Sijé» su momento de mayor intensidad. Un Quevedo aprendido hasta la médula le permite a Hernández dar forma a un sentimiento fúnebre, elegíaco, de categórico estoicismo, que no cede a la autolamentación ni a la tristeza autocomplaciente de otras formas de discurso fúnebre que encontramos en la tradición poética española.

El título mismo, ese rayo que no cesa, habla de algo que no acaba de consumarse o consumirse, en la vida, algo como la muerte o el

amor. Mientras *Perito en lunas* designa una cualidad, *El rayo que no cesa* designa un movimiento, un movimiento que no cesa, que no se agota ni muere en el poema. Miguel Hernández ya es dueño de su lenguaje, porque ha encontrado el vínculo entre una técnica y un contenido. Si en *Perito en lunas* se intentó demostrar la eficacia de una técnica, en *El rayo que no cesa* se pretende dar cuenta del encuentro entre una técnica o un conjunto de técnicas y una necesidad expresiva, es decir, el vínculo entre una experiencia vital y una experiencia técnica. La muerte de un amigo, Ramón Sijé, le ofrece al poeta materia de escritura, un poema conmovedor, una elegía escrita en tercetos pareados, cuyo epígrafe dice: («En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería»), donde rayo y muerte se han puesto en posición metonímica. *El rayo que no cesa* es, entonces, la muerte que no cesa. Mucho tiene que ver este poema con los *Sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral, donde la hablante desea extraer el cuerpo ya sepulto del amado. Hernández declara, asimismo, querer ser llorando el hortelano de la tierra que el amigo ocupa, escarbar la tierra con los dientes, minar la tierra hasta encontrarlo, y besar la noble calavera y desamordazarlo y regresarlo. Esa voluntad de exhumación del cuerpo querido, y añorado, se extiende al pueblo natal: Orihuela, al cual el poeta también quiere volver a la vida, desde la muerte del amigo, a través de la labranza poética (el trabajo del hortelano poeta), que posee la facultad de devolver a la vida lo muerto, la palabra que es capaz de hacer perdurar lo olvidado, lo perdido, lo desaparecido. Aquí la muerte individual es vista como un ajusticiamiento público que el poema debiera reparar. Aquello que no cesa, no cesa gracias a la palabra que lo nombra. Aquello que no cesa, no cesa gracias al poema que se caracteriza a sí mismo en términos agrícolas. El poeta es el hortelano, que labra la tierra de la muerte, para hacer surgir de ella la vida. La muerte se muestra, entonces, como la tierra desde donde se extrae la palabra poética, por obra del hortelano. Y esa palabra no es otra que la vida, arrebatada incesantemente de la muerte.

*A ti sola, en cumplimiento de una promesa
que habrás olvidado como si fuera tuya.*

1

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.

Mi sien, florido balcón
de mis edades tempranas,
negra está, y mi corazón,
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud
del rayo que me rodea,
que voy a mi juventud
como la luna a la aldea.

Recojo con las pestañas
sal del alma y sal del ojo
y flores de telarañas
de mis tristezas recojo.

¿A dónde iré que no vaya
mi perdición a buscar?
Tu destino es de la playa
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor
de huracán, amor o infierno
no es posible, y el dolor
me hará a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón, que de la muerte
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue cuchillo,
volando, hiriendo. Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.

¿No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

Guiando un tribunal de tiburones,
como con dos guadañas eclipsadas,
con dos cejas tiznadas y cortadas
de tiznar y cortar los corazones,

en el mío has entrado, y en él pones
una red de raíces irritadas,
que avariciosamente acaparadas
tiene en su territorio sus pasiones.

Sal de mi corazón, del que me has hecho
un girasol sumiso y amarillo
al dictamen solar que tu ojo envía:

un terrón para siempre insatisfecho,
un pez embotellado y un martillo
harto de golpear en la herrería.

Me tiraste un limón, y tan amargo,
con una mano cálida, y tan pura,
que no menoscabó su arquitectura
y probé su amargura sin embargo.

Con el golpe amarillo, de un letargo
dulce pasó a una ansiosa calentura
mi sangre, que sintió la mordedura
de una punta de seno duro y largo.

Pero al mirarte y verte la sonrisa
que te produjo el limonado hecho,
a mi voraz malicia tan ajena,

se me durmió la sangre en la camisa,
y se volvió el poroso y áureo pecho
una picuda y deslumbrante pena.

Tu corazón, una naranja helada
como un dentro sin luz de dulce miera
y una porosa vista de oro: un fuera
venturas prometiendo a la mirada.

Mi corazón, una febril granada
de agrupado rubor y abierta cera,
que sus tiernos collares te ofreciera
con una obstinación enamorada.

¡Ay, que acontecimiento de quebranto
ir a tu corazón y hallar un hielo
de irreductible y pavorosa nieve!

Por los alrededores de mi llanto
un pañuelo sediento va de vuelo
con la esperanza de que en él lo abreve.

* Las palabras «hielo» y «nieve», referidas al corazón, retoman el tópico renacentista de la frialdad de la dama que no corresponde a los deseos de su enamorado.

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena es mi paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos:
¡cuánto penar para morirse uno!

Después de haber cavado este barbecho
me tomaré un descanso por la grama
y beberé del agua que en la rama
su esclava nieve aumenta en mi provecho.

Todo el cuerpo me huele a recién hecho
por el jugoso fuego que lo inflama
y la creación que adoro se derrama
a mi mucha fatiga como un lecho.

Se tomará un descanso el hortelano
y entretendrá sus penas combatido
por el salubre sol y el tiempo manso.

Y otra vez, inclinado cuerpo y mano,
seguirá ante la tierra perseguido,
por la sombra del último descanso.

Por tu pie, la blancura más bailable,
donde cesa en diez partes tu hermosura,
una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable
del nácar en ridícula estrechura,
y a donde va tu pie va la blancura,
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,
arena y mar me arrimo y desarrimo
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya
por la voz amorosa del racimo:
pisa mi corazón que ya es maduro.

Fuera menos penado si no fuera
nardo tu tez para mi vista, nardo,
cardo tu piel para mi tacto, cardo,
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,
y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo
miera, mi voz para la tuya, miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,
ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola,
cerca una vez pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,
sola como un suspiro y un ay, sola,
terca en su error y en su desgracia terca.

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes,
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

Te me mueres de casta y de sencilla:
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuido!
para que no se vicie y se desmande.

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento,
urgencia de tu garza galanía,
tu clemencia solar mi helado día,
tu asistencia la herida en que lo cuento.

¡Ay querencia, dolencia y apetencia!
tus sustanciales besos, mi sustento,
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor, desde tu ausencia,
a serenar la sien del pensamiento
que desahoga en mí su eterno rayo.

Mi corazón no puede con la carga
de su amorosa lóbrega tormenta
y hasta mi lengua eleva la sangrienta
especie clamorosa que lo embarga.

Ya es corazón mi lengua lenta y larga,
mi corazón ya es lengua larga y lenta..
¿Quieres contar sus penas? Anda cuenta
los dulces granos de la arena amarga.

Mi corazón no puede más de triste:
con el flotante espectro de un ahogado
vuela en la sangre y se hunde sin apoyo.

Y ayer, dentro del tuyo, me escribiste
que de nostalgia tienes inclinado
medio cuerpo hacia mí, medio hacia el hoyo.

Silencio de metal triste y sonoro,
espadas congregando con amores
en el final de huesos destructores
de la región volcánica del toro.

Una humedad de femenino oro
que olió puso en su sangre resplandores,
y refugió un bramido entre las flores
como un huracanado y vasto lloro.

De amorosas y cálidas cornadas
cubriendo está los trebolares tiernos
con el dolor de mil enamorados.

Bajo su piel las furias refugiadas
son en el nacimiento de sus cuernos
pensamientos de muerte edificadas.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.
Soy un triste instrumento del camino.
Soy una lengua dulcemente infame
a los pies que idolatro desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho
que quiere ser criatura idolatrada,
embisto a tus zapatos y a sus alrededores,
y hecho de alfombras y de besos hecho
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie
a tu talón mordiente, a tu pisada,
y siempre a tu pisada me adelanto
para que tu impasible pie desprecie
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,
cuando el vidrio lanar del hielo bala,
cuando el invierno tu ventana cierra
bajo a tus pies un gavilán de ala,
de ala manchada y corazón de tierra.
Bajo a tus pies un ramo derretido
de humilde miel pataleada y sola,
un despreciado corazón caído
en forma de alga y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,
barro en vano vertiendo voy mis brazos,
barro en vano te muerdo los talones,
dándote a malheridos aletazos
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones
la imagen de tu huella sobre encima,
se despedaza y rompe la armadura
de arrope bipartido que me ciñe la boca
en carne viva y pura,
pidiéndote a pedazos que la oprima
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,
los sollozos agitan su arboleda
de lana cerebral bajo tu paso.
Y pasas, y se queda
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

Harto de someterse a los puñales
circulantes del carro y la pezuña,
teme el barro un parto de animales
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento
teme que crezca y suba y cubra tierna,
tierna y celosamente
tu tobillo de junco, mi tormento,
teme que inunde el nardo de tu pierna
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado
del blando territorio del invierno
y estalle y truene y caiga diluviado
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma
y teme un amoroso cataclismo.
Antes que la sequía lo consuma
el barro ha de volverte de lo mismo.

Si la sangre también, como el cabello,
con el dolor y el tiempo encaneciera,
mi sangre, roja hasta el carbunclo, fuera
pálida hasta el temor y hasta el destello.

Desde que me conozco me querello
tanto de tanto andar de fiera en fiera
sangre, y ya no es mi sangre una nevera
porque la nieve no se ocupa de ello.

Si el tiempo y el dolor fueran de plata
surcada como van diciendo quienes
a sus obligatorias y verdugas

reliquias dan lugar, como la nata,
mi corazón tendría ya las sienes
espumosas de canas y de arrugas.

El toro sabe al fin de la corrida,
donde prueba su chorro repentino,
que el sabor de la muerte es el de un vino
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la herida
desde un gigante corazón vecino,
y su vasto poder de piedra y pino
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi sangre astada,
que el cotidiano cáliz de la muerte,
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un gusto a espada
diluida en un vino espeso y fuerte
desde mi corazón donde me muero.

Ya de su creación, tal vez, alhaja
algún sereno aparte campesino
el algarrobo, el haya, el roble, el pino
que ha de dar la materia de mi caja.

Ya, tal vez, la combate y la trabaja
el talador con ímpetu asesino
y, tal vez, por la cuesta del camino
sangrando sube y resonando baja.

Ya, tal vez, la reduce a geometría,
a pliegos aplanados quien apresta
el último refugio a todo vivo.

Y cierta y sin *tal vez*, la tierra umbría
desde la eternidad está dispuesta
a recibir mi adiós definitivo.

Yo sé que ver y oír a un triste enfada
cuando se viene y va de la alegría
como un mar meridiano a una bahía,
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Me callaré, me apartaré si puedo
con mi constante pena instantánea, plena,
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto y sin arena:
adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

* En este soneto, Hernández hace uso de la paradoja. En las expresiones «desierto y sin arena», «me voy, me voy, me voy, pero me quedo» representa la relación contradictoria entre vida y muerte, entre muerte y amor, la contradicción que implica morir, es decir, la trascendencia y la inmanencia que implica la muerte entendida como un viaje: partir y quedarse al mismo tiempo; permanecer en la tierra y abandonarla.

No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un avispero
que me clava al tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo cava
dentro del corazón donde me muero.

No me conformo, no: ya es tanto y tanto
idolatrar la imagen de tu beso
y perseguir el curso de tu aroma.

Un enterrado vivo por el llanto,
una revolución dentro de un hueso,
un rayo soy sujeto a una redoma.

¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria
del privilegio aquel, de aquel aquello
que era, almenadamente blanco y bello,
una almena de nata giratoria?

Recuerdo y no recuerdo aquella historia
de marfil expirado en un cabello,
donde aprendió a ceñir el cisne cuello
y a vocear la nieve transitoria.

Recuerdo y no recuerdo aquel cogollo
de estrangulable hielo femenino
como una lacteada y breve vía.

Y recuerdo aquel beso sin apoyo
que quedó entre mi boca y el camino
de aquel cuello, aquel beso y aquel día.

* Este poema pareciera tener un carácter metapoético. La alusión al cuello del cisne blanco, remite al modernismo de Rubén Darío, el estrangulable cuello femenino, que nos recuerda claramente el célebre «Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje» de Enrique González Martínez. El poeta recuerda con nostalgia (dolor del regreso), ese pasado immaculado, puro, del amor, pero por qué no, de la propia poesía, en particular de su *Perito en lunas*, que junto a la influencia obvia de Góngora, presenta rastros de la poesía rubendariana.

Vierto la red, esparzo la semilla
entre ovas, aguas, surcos y amapolas,
sembrando a secas y pescando a solas
de corazón ansioso y de mejilla.

Espero a que recaiga en esta arcilla
la lluvia con sus crines y sus colas,
relámpagos sujetos a las olas
desesperando espero en esta orilla.

Pero transcurren lunas y más lunas,
aumenta de mirada mi deseo
y no crezco en espigas o en pescados.

Lunas de perdición como ningunas,
porque sólo recojo sólo veo
piedras como diamantes eclipsados.

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

Fatiga tanto andar sobre la arena
descorazonadora de un desierto,
tanto vivir en la ciudad de un puerto
si el corazón de barcos no se llena.

Angustia tanto el son de la sirena
oído siempre en un anclado huerto,
tanto la campanada por el muerto
que en el otoño y en la sangre suena,

que un dulce tiburón, que una manada
de inofensivos cuernos recientes,
habitándome días, meses y años,

ilustran mi garganta y mi mirada
de sollozos de todos los metales
y de fieras de todos los tamaños.

Al derramar tu voz su mansedumbre
de miel bocal, y al puro bamboleo,
en mis terrestres manos el deseo
sus rosas pone al fuego de costumbre.

Exasperado llego hasta la cumbre
de tu pecho de isla, y lo rodeo
de un ambicioso mar y un pataleo
de exasperados pétalos de lumbre.

Pero tú te defiendes con murallas
de mis alteraciones codiciosas
de sumergirte en tierras y océanos.

Por piedra pura, indiferente, callas:
callar de piedra, que otras y otras rosas
me pones y me pones en las manos.

Por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos
y van a la canción, y van al beso,
y van dejando por el aire impreso
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda
que no conduce al beso aunque es la hora,
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,
un toro solo en la ribera llora
olvidando que es toro y masculino.

Lluviosos ojos que lluviosamente
me hacéis penar: lluviosas soledades,
balcones de las rudas tempestades
que hay en mi corazón adolescente.

Corazón cada día más frecuente
en para idolatrar criar ciudades
de amor que caen de todas mis edades
babilónicamente y fatalmente.

Mi corazón, mis ojos sin consuelo,
metrópolis de atmósfera sombría
gastadas por un río lacrimoso.

Ojos de ver y no gozar el cielo,
corazón de naranja cada día,
si más envejecido, más sabroso.

La muerte, toda llena de agujeros
y cuernos de su mismo desenlace,
bajo una piel de toro pisa y paca
un luminoso prado de toreros.

Volcánicos bramidos, humos fieros
de general amor por cuanto nace,
a llamaradas echa mientras hace
morir a los tranquilos ganaderos.

Ya puedes, amorosa fiera hambrienta,
pastar mi corazón, trágica grama,
si te gusta lo amargo de su asunto.

Un amor hacia todo me atormenta
como a ti, y hacia todo se derrama
mi corazón vestido de difunto.

29 Elegía*

*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto
como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería)*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

-
- * Este poema se relaciona con los *Sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral, donde la poeta declara su deseo de exhumar el cuerpo del amado.

Del nicho helado en que los hombres te pusieron, / te bajaré a la tierra
humilde y soleada. / Que he de dormirme en ella los hombres no supieron, /
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una / dulcedumbre de madre para el hijo
dormido, / y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna / al recibir tu cuerpo
de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas, / y en la azulada y leve
polvareda de luna, / los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas, / ¡porque a ese hondor recóndito
la mano de ninguna / bajará a disputarme tu puñado de huesos!

En el verso «Yo quiero ser llorando el hortelano», Miguel Hernández acude al código agrícola para codificar su deseo de exhumar el cuerpo del amigo, de regar con sus lágrimas el cuerpo del amigo, concebido como una semilla enterrada, para hacerlo crecer desde la tierra y darle vida.

En mis manos levanto una tormenta / De piedras, rayos y hachas estridentes /
Sedienta de catástrofes y hambrienta.

En esta estrofa, el poeta —furioso ante la muerte del amigo— es representado como Zeus, dios del rayo y la tormenta. El poeta hortelano, cuidador del huerto y al mismo tiempo, poseedor del rayo destructor. El rayo en este poema representa no tanto la destrucción como la furia del poeta ante la muerte del amigo. El rayo que no cesa es la rabia que no acaba, la furia continua que crea y que destruye.

El verso «No perdono a la muerte enamorada» remite al poema «Amor constante más allá de la muerte» de Quevedo, en particular su último verso: «Polvo será, mas polvo enamorado», donde se expresa la trascendencia del amor más allá de la muerte. La expresión «muerte enamorada», es en cierto modo equivalente a «polvo enamorado», de Quevedo.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936)

Soneto final*

Por desplumar arcángeles glaciales,
la nevada lilial de esbeltos dientes
es condenada al llanto de las fuentes
y al desconsuelo de los manantiales.

Por difundir su alma en los metales,
por dar el fuego al hierro sus orientes,
al dolor de los yunques inclementes
lo arrastran los herreros torrenciales.

Al doloroso trato de la espina,
al fatal desaliento de la rosa
y a la acción corrosiva de la muerte

arrojado me veo, y tanta ruina
no es por otra desgracia ni otra cosa
que por quererte y sólo por quererte.

* Nótese la rima establecida entre «muerte» y «quererte», que indica una relación semántica fundamental en el soneto. Obsérvese al respecto el contraste entre los versos: «la nevada lilial de esbeltos dientes» y «la acción corrosiva de la muerte». Los dientes que fulgen de blancura y los dientes que corroen la belleza: vida y muerte contrastados en sus respectivas asociaciones estéticas. Así también véase el contraste entre «Arcángeles glaciales» y «ruina», es decir, el contrapunto entre el esteticismo gongorino y el naturalismo quevediano, como imágenes antitéticas que dan cuenta de dos maneras de expresar la acción erótica y tanática del amor.



El silbo vulnerado
(1934-1935)



Comentario a *El silbo vulnerado*

Este conjunto de poemas —recogido en un cuaderno en la casona de Tudanca— no llegó a publicarse nunca como libro. Se compone de veintiséis sonetos y un poema en heptasílabos. Varios sonetos pasaron con o sin variantes a *El rayo que no cesa*. El cuaderno nos permite tener una idea exacta de lo que habría podido ser el segundo libro de Miguel Hernández. Los sonetos —de vigorosa hechura— abordan el tema amoroso y tanático, con fuertes resonancias quevedianas, del Quevedo más robusto y definitivo, el de «Amor constante más allá de la muerte», paradigma del tema amoroso y tanático en el contexto de la poesía de habla hispana. Destaca por su factura disímil dentro del conjunto el poema «El silbo de las ligaduras», escrito en heptasílabos y que comienza con los versos «¿Cuándo aceptarás, yegua / el rigor de la rienda?, versos en que se llama al estoicismo, como la aceptación del dolor en el alma —o la propia persona—, metaforizada como yegua, en un contexto de ambientación bucólica. El poema está dispuesto en heptasílabos pareados, enlazados, ligados, entre sí por rima asonante. La ligadura a la que alude el poema se refiere a todo lo que anuda y traba la libertad del sujeto, «¿Cuándo, pájaro pinto / a picotazo limpio / romperás tiranías / de jaulas y de ligas / que te hacen imposibles / los vuelos más insignes / y el árbol más oculto / para el amor más puro?». *La pena hace silbar*, dice Hernández en el soneto 16, donde escribe «¿Qué Ruy-señor amante no ha lanzado / pálido, fervoroso y afligido / desde la ilustre soledad del nido / el amoroso silbo vulnerado?». El dolor, entonces, se expresa a través de un silbo vulnerado, expresión que puede estar refiriéndose al decir poético, a la poesía misma, que el dolor vulnera.

Para cuando me ves tengo compuesto,
de un poco antes de esta venturanza,
un gesto favorable de bonanza
que no es, amor, mi verdadero gesto.

Quiero decirte, amor, con sólo esto,
que cuando tú me das a la olvidanza,
reconcomido de desesperanza
¡cuánta pena me cuestas y me cuesto!

Mi verdadero gesto es desgraciado
orando la soledad me lo desnuda,
y desgraciado va de polo a polo.

Y no sabes, amor, que si tú el lado
mejor conoces de mi vida cruda,
yo nada más soy yo cuando estoy solo.

Sin poder, como llevan las hormigas
el pan de su menudo laboreo,
llevo sobre las venas un deseo
sujeto como pájaro con ligas.

Las fatigas divinas, las fatigas
de la muerte me dan cuando te veo
con esa leche audaz en apogeo
y ese aliento de campo con espigas.

Suelto todas las riendas de mis venas
cuando te veo, amor, y me emociono
como se debe emocionar un muerto

al caer en el hoyo... Sin arenas,
rey de mi sangre, al verte me destrono,
sin arenas, amor, pero desierto.

Gozar, y no morirse de contento,
sufrir, y no vencerse en el sollozo:
¡Oh, qué ejemplar severidad del gozo
y qué serenidad del sufrimiento!

Dar a la sombra el estremecimiento,
si a la luz el brocal del alborozo,
y llorar tierra adentro como el pozo,
siendo al aire un sencillo monumento.

Anda que te andarás, ir por la pena,
pena adelante, a penas y alegrías
sin demostrar fragilidad ni un tanto.

¡Oh la luz de mis ojos qué serena!:
¡qué agraciado en su centro encontrarías
el desgraciado alrededor del llanto!

Una interior cadena de suspiros
al cuello llevo crudamente echada,
y en cada ojo, en cada mano, en cada
labio dos riendas fuertes como tiros.

Cuando a la soledad de estos retiros
vengo a olvidar tu ausencia inolvidada,
por menos de un poquito, que es por nada,
vuelven mis pensamientos a sus giros.

Alrededor de ti, muerto de pena,
como pájaros negros los extendo
y en tu memoria pacen poco a poco.

Y angustiado desato la cadena,
y la voz de las riendas desoyendo,
por el campo del llanto me desboco.

Como queda en la tarde que termina,
convertido en espera de barbecho
el cereal rastrojo barbihecho,
hecho una pura llaga campesina,

hecho una pura llaga campesina,
así me quedo yo solo y maltrecho
con un arado urgente junto al pecho,
que hurgando en mis entrañas me asesina.

Así me quedo yo cuando el ocaso
escogiendo la luz, el aire amansa
y todo lo avalora y lo serena:

perfil de tierra sobre cielo raso,
donde un arado en paz fuera descansa
dando hacia adentro un agujón de pena.

Como recojo en lo último del día,
a fuerza de honda, a fuerza de meneo,
en una piedra el sol que ya no veo,
porque ya está su flor en agonía,

así recoge dentro el alma mía
por esta soledad de mi deseo
siempre en el pasto y nunca en el sesteo,
lo que le queda siempre a mi alegría:

una pena final como la tierra,
como la flor del haba blanquioscura,
como la ortiga hostil desazonada,

indomable y cruel como la sierra,
como el agua de invierno terca y pura,
recóndita y eterna como nada.

¡Y qué buena es la tierra de mi huerto!
hace un olor a madre que enamora,
mientras la azada mía el aire dora
y el regazo le deja pechiabierto.

Me sobrecoge una emoción de muerto
que va a caer al hoyo en paz, ahora,
cuando inclino la mano horticultora
y detrás de la mano el cuerpo incierto.

¿Cuándo caeré, cuándo caeré al regazo
íntimo y amoroso, donde halla
tanta delicadeza la azucena?

Debajo de mis pies siento un abrazo,
que espera francamente que me vaya
a él, dejando estos ojos que dan pena.

Sabe todo mi huerto a desposado,
que está el azahar haciendo de las tuyas
y va el amor de píos y de puyas
de un lado de la rama al otro lado.

Jugar al ruy-señor enamorado
quisiera con mis ansias y las tuyas,
cuando de sestear, amor, concluyas
al pie del limonero limonado.

Dando besos al aire y a la nada,
voy por el andador donde la espuma
se estrella del limón intermitente.

¡Qué alegría ser par, amor, amada,
y alto bajo el ejemplo de la pluma,
y qué pena no serlo eternamente!

La pena, amor, mi tía y tu sobrina,
hija del alma y prima de la arena,
la paz de mis retiros desordena
mandándome a la angustia, su vecina.

La postura y el ánimo me inclina;
y en la tierra doy siempre menos buena,
que hijo de pobre soy, cuando esta pena
me maltrata con su índole de espina.

¡Querido contramor, cuánto me haces
desamorar las cosas que más amo,
adolescer, vencerme y destruirme!

¡Esquivo contramor, no te solaces
con oponer la nada a mi reclamo,
que ya no sé qué hacer para estar firme!



Viento del pueblo
(1937)



Comentario a *Viento del pueblo*

La Guerra Civil de 1936 proporciona las condiciones propicias para que la poesía de Miguel Hernández encontrara su nueva forma y sentido. Poesía de corte social que parece responder a las exigencias del arte comprometido, lo que en la Unión Soviética se llamó «poesía por encargo social», es decir, aquella poesía que se escribe como respuesta a una exigencia social o colectiva que solo puede satisfacerse a través de una obra poética.

El título mismo, *Viento del pueblo*, sugiere el carácter colectivo del poemario, en oposición a *Perito en lunas*, que indica una cualidad particular, la pericia de un poeta particular en el arte del verso. Se trata, por el contrario, de una poesía situada, de circunstancia, cuyo referente inmediato es la Guerra Civil española. Su contenido poético se mueve en cuatro direcciones: la elegía, la exaltación heroica, la sátira combativa y social.

A diferencia de *Perito en lunas* —verdadera antítesis de este poemario, en muchos aspectos—, aquí el tema adquiere una nitidez que no se difumina tras el barroquismo de la forma. Por el contrario, el tema o los temas son la sustancia misma de los poemas, que por su fuerza a ratos elegíaca revela un contenido humano o heroico para el que la mera pericia técnica es sólo un detalle sin real significación colectiva ni social. Este libro supone una ética y una estética, aunadas en la voluntad de interpretar sentimientos colectivos y darle forma y voz a un dolor para el que no hay expresión verbal posible. Dicha ética implica un compromiso vital con el lenguaje como respuesta a una necesidad colectiva y a la vez un compromiso con la técnica y el oficio, como partes constitutivas de un trabajo que consiste en extraer la vida desde la muerte, a través del lenguaje.

El carácter colectivo de *Viento del pueblo* se explicita en la forma como lo individual adquiere universalidad, como el caso del poema «Elegía primera» (A Federico García Lorca). Aquí el dolor ante la muerte

particular se vuelve sentimiento colectivo de pérdida, cuando la muerte misma es entendida como el resultado de un ajusticiamiento público, de un acto de injusticia pública que el poema debiera reparar. Esta reparación consiste en la urdimbre de un tejido vigoroso donde la muerte misma quede apresada, y a la vez resguardada para siempre del olvido.

La poesía de Miguel Hernández se equilibra permanentemente entre dos polos: el barroquismo extremo y la dicción popular, y por otra parte, lo individual y lo colectivo. *Viento del pueblo* exhibe con maestría este contrapunto, como el encuentro entre dos formas de abordar el trabajo poético: desde la pericia del poeta que experimenta con la forma, y la experiencia vital que se manifiesta en el contenido, visceral y espontáneamente. En ese sentido, es posible plantear una relación de filiación con la poesía de César Vallejo, en lo que respecta a ese doble voluntad: la experimentación técnica, por un lado, y por otro, la expresión espontánea de una emoción y una experiencia, que choca con esa técnica, como queda de manifiesto en su libro *Trilce*. No escasean en Hernández, giros idiomáticos que traen abundantes reminiscencias vallejianas, invenciones verbales que hablan de una tensión entre las palabras y lo que dichas palabras designan; en otros términos, el conflicto establecido entre el significado y el significante, entendido como el choque entre la voluntad de nombrar y la imposibilidad de hacerlo, cabalmente.

Elegía primera

A Federico García Lorca, poeta

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras*,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acíbar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,
en la misma raíz desconsolada
del agua, del sollozo,
del corazón quisiera:
donde nadie me viera la voz ni la mirada,
ni restos de mis lágrimas me viera.

* Este verso remite directamente a la copla 16 de las célebres *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, donde el poeta representa la fugacidad de la vida material.

Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despaciota y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,
durmiéndote de plomo,
de indiferencia armado y de respeto,
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceñía de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieto del ruiñeñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estíércol padre de la madre selva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellino de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arrope, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que al calor de los besos
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de azules vibraciones.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento*.

Silencioso, desierto, polvoriento
en la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento
los ha cerrado el golpe de una puerta.

* Este verso «Pero el silencio puede más que tanto instrumento» contiene una reflexión metapoética particularmente relevante, en relación al canto como forma de expresar el dolor ante la muerte de un ser querido; es decir, a fin de cuentas, la validez del canto elegíaco frente a la realidad de la muerte. El silencio es presentado como una forma de expresión más intensa que la misma voz. La muerte es inefable, y sólo el silencio, en definitiva, puede acercarse con cierta exactitud y cercanía. Frente a la retórica elegíaca, el silencio puede más. El silencio no es otra cosa que la onomatopeya de la muerte.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

Sentado sobre los muertos

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué ponerse,
hambriento y sin qué comer,
y el día de hoy amanece
justamente aborrascado
y sangriento justamente.
En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.

Aunque te falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva, y te queden
corazón, entrañas, tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto,
las penas del mismo temple,

y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

Vientos del pueblo me llevan*

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me avientan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toro
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

* Este poema otorga una clave de comprensión del significado del rayo en la poesía de Miguel Hernández. El rayo como una fuerza destructiva (tanática) y creadora (amorosa). La dimensión tanática del rayo se relaciona con el código bélico que recorre el poema: la valentía y el coraje; y la dimensión amorosa con la fuerza creadora del rayo, su potencialidad vital y luminosa. El rayo, además, se muestra como atributo triunfal de una España dominada por la guerra, en oposición al buey, como símbolo de sumisión.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién el rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpago,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murciananos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.
Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros, de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.

La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas*.

* Es interesante cómo Hernández vincula el ruiseñor con la guerra. El ruiseñor, aquí, funciona como una metáfora o símbolo del poeta, que se compromete con la lucha social a favor de los más desprotegidos. Llama la atención ese vínculo, en tanto tradicionalmente el ruiseñor ha sido relacionado con cualidades que remiten a la delicadeza, la nobleza, la belleza. Recordar el poema de Quevedo «Al ruiseñor»: «Flor con voz, volante flor / silbo alado, voz pintada / lira de pluma animada / y ramillete cantor». La asociación establecida por Hernández vendría a invertir el tópico quevediano.

El niño yuntero*

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

* Este poema opone al niño, con toda su fragilidad, y al yuntero, con su rudeza de trabajador. La contraposición infancia y adultez recorre todo el poema; «Empieza a vivir y empieza/ a morir de punta a punta». El trabajo es visto como una fuerza opresiva, que hace del niño «carne de yugo», una fuerza tanática que se opone a la vida, paradójicamente, en tanto desgasta la vitalidad del niño, haciéndolo morir en vida.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Le veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Los cobardes*

Hombres veo que de hombres
sólo tienen, sólo gastan
el parecer y el cigarro
el pantalón y la barba.

En el corazón son liebres,
gallinas en las entrañas,
galgos de rápido vientre,
que en épocas de paz ladran
y en épocas de cañones
desaparecen del mapa.

Estos hombres, estas liebres,
comisarios de la alarma,
cuando escuchan a cien leguas
el estruendo de las balas,
con singular heroísmo
a la carrera se lanzan,
se les alborota el ano,
el pelo se les espanta.
Valientemente se esconden,
gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
en los cojones del alma.

* Notable sátira, dirigida a los hombres descomprometidos, en el contexto de la lucha social. En tanto sátira, implica un juicio moral y ético. Resulta interesante leer este poema y otras sátiras de Hernández en relación con los poemas satíricos del poeta chileno Gonzalo Rojas, como su célebre «Sátira a la rima», que en realidad es una sátira a la burguesía.

¿Dónde iréis que no vayáis
a la muerte, liebres pálidas,
podencos de poca fe
y de demasiadas patas?
¿No os avergüenza mirar
en tanto lugar de España
a tanta mujer serena
bajo tantas amenazas?
Un tiro por cada diente
vuestra existencia reclama,
cobardes de piel cobarde
y de corazón de caña.
Tembláis como poseídos
de todo un siglo de escarcha
y vais del sol a la sombra
llenos de desconfianza.
Halláis los sótanos poco
defendidos por las casas.
Vuestro miedo exige al mundo
batallones de murallas
barreras de plomo a orillas
de precipicios y zanjas
para vuestra pobre vida,
mezquina de sangre y ansias.

No os basta estar defendidos
por lluvias de sangre hidalga,
que no cesa de caer,
generosamente cálida,
un día tras otro día
a la gleba castellana.
No sentís el llamamiento
de las vidas derramadas.
Para salvar vuestra piel
las madrigueras no os bastan,
no os bastan los agujeros,

ni los retretes, ni nada.
Huís y huís, dando al pueblo,
mientras bebéis la distancia,
motivos para mataros
por las corridas espaldas.

Solos se quedan los hombres
al calor de las batallas,
y vosotros, lejos de ellas,
queréis ocultar la infamia,
pero el color de cobardes
no se os irá de la cara.

Ocupad los tristes puestos
de la triste telaraña.
Sustituid a la escoba,
y barred con vuestras nalgas
la mierda que vais dejando
donde colocáis la planta.

Llamo a la juventud*

Los quince y los dieciocho,
los dieciocho y los veinte...
Me voy a cumplir los años
al fuego que me requiere,
y si resuena mi hora
antes de los doce meses,
los cumpliré bajo tierra.
Yo trato que de mí queden
una memoria de sol
y un sonido de valiente.

Si cada boca de España,
de su juventud, pusiese
estas palabras, mordiéndolas,
en lo mejor de sus dientes:
si la juventud de España,
de un impulso solo y verde,
alzara su gallardía,
sus músculos extendiese
contra los desenfrenados
que apropiarse España quieren,
sería el mar arrojando
a la arena muda siempre
varios caballos de estiércol

* En este poema se exalta la juventud en la forma de un himno patrio, que implica una desvalorización desdeñosa de la vejez, entendida como representación del viejo orden social, reaccionario. La vejez está caracterizada, pues, como una juventud descomprometida. Implícitamente, Hernández se refiere a la oposición entre Hombre nuevo y Hombre viejo, como emblemas de la revolución socialista y el régimen reaccionario, respectivamente.

de sus pueblos transparentes,
con un brazo inacabable
de perpetua espuma fuerte.

Si el Cid volviera a clavar
aquellos huesos que aún hieren
el polvo y el pensamiento,
aquel cerro de su frente,
aquel trueno de su alma
y aquella espada indeleble,
sin rival, sobre su sombra
de entrelazados laureles:
al mirar lo que de España
los alemanes pretenden,
los italianos procuran,
los moros, los portugueses,
que han grabado en nuestro cielo
constelaciones crueles
de crímenes empapados
en una sangre inocente,
subiera en su airado potro
y en su cólera celeste
a derribar trimotores
como quien derriba mieses.

Bajo una zarpa de lluvia,
y un racimo de relente,
y un ejército de sol,
campan los cuerpos rebeldes
de los españoles dignos
que al yugo no se someten,
y la claridad los sigue
y los robles los refieren.
Entre graves camilleros
hay heridos que se mueren
con el rostro rodeado

de tan diáfanos ponientes,
que son auroras sembradas
alrededor de sus sienas.
Parecen plata dormida
y oro en reposo parecen.
Llegaron a las trincheras
y dijeron firmemente:
*¡Aquí echaremos raíces
antes que nadie nos eche!*
Y la muerte se sintió
orgullosa de tenerles.

Pero en los negros rincones,
en los más negros, se tienden
a llorar por los caídos
madres que les dieron leche,
hermanas que los lavaron,
novias que han sido de nieve
y que se han vuelto de luto
y que se han vuelto de fiebre;
desconcertadas viudas,
desparramadas mujeres,
cartas y fotografías
que los expresan fielmente,
donde los ojos se rompen
de tanto ver y no verles,
de tanta lágrima muda,
de tanta hermosura ausente.

Juventud solar de España:
que pase el tiempo y se quede
con un murmullo de huesos
heroicos en su corriente.
Echa tus huesos al campo,
echa las fuerzas que tienes
a las cordilleras foscas

y al olivo del aceite.
Reluce por los collados,
y apaga la mala gente,
y atrévete con el plomo,
y el hombro y la pierna extiende.

Sangre que no se desborda,
juventud que no se atreve,
ni es sangre, ni es juventud,
ni relucen, ni florecen.
Cuerpos que nacen vencidos,
vencidos y grises mueren:
vienen con la edad de un siglo,
y son viejos cuando vienen.

La juventud siempre empuja,
la juventud siempre vence,
y la salvación de España
de su juventud depende.

La muerte junto al fusil,
antes que se nos destierre,
antes que se nos escupa,
antes que se nos afrente
y antes que entre las cenizas
que de nuestro pueblo queden,
arrastrados sin remedio
gritemos amargamente:
¡Ay España de mi vida,
ay España de mi muerte!

Rosario, dinamitera

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de un batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.

¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella

que ni un solo dedo agita,
se prendó la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

Las manos

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrestres y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,
de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,
retumbantes las venas desde las uñas rotas,
constelan los espacios de andamios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes,
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
lucha con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.

No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncacos,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

El sudor

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

Llega desde la edad del mundo más remota
a ofrecer a la tierra su copa sacudida,
a sustentar la sed y la sal gota a gota,
a iluminar la vida.

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas,
por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones.

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

Canción del esposo soldado*

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y altos ojos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te me rompas al más leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

* El poema fue publicado el 10 de junio de 1937, y fue dedicado a Josefina, esposa del poeta, y a su primer hijo —Manuel Ramón— aún en el vientre materno.

Los versos «Para el hijo será la paz que estoy forjando» y «Es preciso matar para seguir viviendo» se contraponen, expresivamente, en relación al título del poema «Canción del esposo soldado», escrito en clave bélica. El verso «es preciso matar para seguir viviendo» más que una apología y justificación de la guerra, hay que leerlo como una afirmación de la sobrevivencia como lucha por el pan y la vida.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defendiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.



El hombre acecha
(1937-1938)



Comentario a *El hombre acecha*

Este libro, dedicado a Pablo Neruda, está conformado por poemas que ahondan y radicalizan la dimensión política de la poesía de Miguel Hernández. Esta radicalización se realiza a través del cultivo de la sátira, una práctica literaria que implica o supone una conciencia moral; en la medida en que somete a imitación burlesca acciones o actitudes humanas consideradas éticamente reprochables. La sátira es un vehículo de crítica social y política de gran eficacia, en tanto permite delatar la ideología encriptada en los discursos dominantes, entendiendo por esa ideología el conjunto de errores del pensamiento, socialmente condicionados y destinados a la hegemonía de una clase social sobre otra. La sátira, pues, tendría un carácter correctivo, y por tanto, moralizador. Hernández sigue aquí brillantemente una tradición de poesía satírica que se remonta a Quevedo y Góngora, sus principales modelos. La poesía política de Hernández, que aquí encuentra su más alto nivel, junto con los poemas de *Viento del pueblo*, es expresión viva de una voluntad de vincular la poesía con la lucha social y el devenir histórico de la comunidad. Parece haber sido escrita a partir de un encargo social, que para Vladimir Maiakovsky es el conjunto de exigencias o necesidades de la sociedad, que solo pueden resolverse y satisfacerse a través de una obra poética. Así, estos poemas se hacen cargo de un requerimiento público, colectivo, que intenta dar respuesta a una problemática histórica definida: la Guerra Civil española.

Miguel Hernández dedica este libro a un Neruda que ya ha escrito su poema «Explico algunas cosas», es decir, un poeta que tras sus residencias en la tierra, justifica el vuelco experimentado desde una poesía metafísica y oscura hacia una poesía comprometida socialmente. La dedicatoria es clara: «Tú preguntas por el corazón. Yo también. Mira cuántas bocas cenicientas de rencor, hambre, muerte, pálidas de no cantar, no reír, resacas de no entregarse al

beso profundo. Pero mira el pueblo que sonríe con una florida tristeza, augurando el porvenir de la alegre sustancia». Ese porvenir está representado emblemáticamente por Rusia, la Unión Soviética. El poema «Rusia» es, a su manera, una oda, donde se exalta el cambio desde el antiguo orden a un nuevo sistema económico y social: la sociedad comunista de Stalin, la cual es vista como un modelo y como la materialización de una utopía. Utópico resulta también el poema «La fábrica-ciudad», donde se exalta una ciudad mecanizada, en que las máquinas liberarían, en un futuro próximo, al hombre del trabajo duro, para que este pueda entregarse a su libre función creadora.

En síntesis, se trata de un conjunto de poemas situados históricamente, que constituyen una muestra brillante de la mejor poesía política que escribió Miguel Hernández, es decir, aquella poesía que no se instrumentaliza, en función de un objetivo político, sino que es política por la profundidad de su carga humana, en su dimensión más colectiva, en lo que respecta a los grandes problemas de la humanidad: la pobreza, la desigualdad, la violencia. La piedad será siempre un sentimiento político, en la medida en que se tiende a un otro, negando la supremacía de la propia y mezquina individualidad. Así, *El hombre acecha*, es el testimonio de una rabia, una piedad y una esperanza colectivas, que sólo se podría haber expresado cabalmente a través suyo, en la forma de una poesía vigorosa, donde asoma con claridad el Quevedo de los poemas más satíricos, como «Poderoso caballero es don Dinero», por mencionar uno de los influjos más gravitantes en la obra de Hernández. El título mismo del poemario, nos habla de un hombre al acecho, como una bestia que codicia su presa, en lo oscuro. El hombre es el lobo del hombre. Un hecho tan cruento y traumático como una guerra civil (doblemente cruda: por ser guerra, y por acontecer entre hermanos), obliga al hombre a estar al acecho, a transformarse en un depredador, no sólo en la forma de la agresión, sino también como una defensa de la propia integridad. Así, estar al acecho es estar alerta, atento, ante cualquier posibilidad de agresión. De algún modo, la poesía misma mantiene alerta al hombre, en lúcida vigilia permanente. Por eso, los poetas son los

llamados a vigilar lo real, a mantenerse al acecho del lenguaje y a su carga ideológica, en el sentido que le hemos dado a esa palabra, a delatar las mentiras institucionalizadas, mediante la manipulación crítica y lúdica del lenguaje.

Dedico este libro a Pablo Neruda

Pablo: Te oigo, te recuerdo en esa tierra tuya, luchando con tu voz frente a los aluviones que arrebatan la vaca y la niña para proyectarlas en tu pecho. Oigo tus pasos hechos a cruzar la noche, que vuelven a sonar sobre las losas de Madrid, junto a Federico, a Vicente, a Delia, a mí mismo. Y recuerdo a nuestro alrededor aquellas madrugadas, cuando amanecíamos dentro del azul de un topacio de carne universal; en el umbral de la taberna confuso de llanto y escarcha, como viudos y heridos de la luna.

Pablo: Un rosal sombrío viene y se cierne sobre mí, sobre una cuna familiar que se desfonda poco a poco, hasta entorse dentro de ella, además de un niño de sufrimiento, el fondo de la tierra. Ahora recuerdo y comprendo más tu combatida casa, y me pregunto: ¿qué tenía que ver con el consulado cuando era cónsul Pablo?

Tú preguntas por el corazón, y yo también. Mira cuántas bocas cenicientas de rencor, hambre, muerte, pálidas de no cantar, no reír: resacas de no entregarse al beso profundo. Pero mira el pueblo que sonríe con una florida tristeza, augurando el porvenir de la alegre substancia. Él nos responderá. Y las tabernas, hoy tenebrosas como funerarias, irradiarán el resplandor más penetrante del vino y la poesía.

M. H.

Rusia

En trenes poseídos de una pasión errante
por el carbón y el hierro que los provoca y mueve,
y en tensos aeroplanos de plumaje tajante
recorro la nación del trabajo y la nieve.

De la extensión de Rusia, de sus tiernas ventanas,
sale una voz profunda de máquinas y manos,
que indica entre mujeres: *Aquí están tus hermanas,*
y prorrumpe entre hombres. *Estos son tus hermanos.*

Basta mirar: se cubre de verdad la mirada.
Basta escuchar: retumba la sangre en las orejas.
De cada aliento sale la ardiente bocanada
de tantos corazones unidos por parejas.

Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como a un esfuerzo inmenso le cabe: inmensamente.

De unos hombres que apenas a vivir se atrevían
con la boca amarrada y el sueño esclavizado:
de unos cuerpos que andaban, vacilaban, crujían,
una masa de férreo volumen has forjado.

Has forjado una especie de mineral sencillo,
que observa la conducta del metal más valioso,
perfecciona el motor, y señala el martillo,
la hélice, la salud, con un dedo orgulloso.

Polvo para los zares, los reales bandidos:
Rusia nevada de hambre, dolor y cautiverios.
Ayer sus hijos iban a la muerte vencidos,
hoy proclaman la vida y hunden los cementerios.

Ayer iban sus ríos derritiendo los hielos,
quemados por la sangre de los trabajadores.
Hoy descubren industrias, maquinarias, anhelos,
y cantan rodeados de fábricas y flores.

Y los ancianos lentos que llevan una huella
de zar sobre sus hombros; interrumpen el paso,
por desplumar alegres su alta barba de estrella
ante el joven fulgor que remoja su ocaso.

Las chozas se convierten en casas de granito.
El corazón se queda desnudo entre verdades.
Y como una visión real de lo inaudito,
brotan sobre la nada bandadas de ciudades.

La juventud de Rusia se esgrime y se agiganta
como un arma afilada por los rinocerontes.
La metalurgia suena dichosa de garganta,
y vibran los martillos de pie sobre los montes.

Con las inagotables vacas de oro yacente
que ordeñan los mineros de los montes Urales,
Rusia edifica un mundo feliz y transparente
para los hombres llenos de impulsos fraternales.

Hoy que contra mi patria clavan sus bayonetas
legiones malparidas por una torpe entraña,
los girasoles rusos, como ciegos planetas,
hacen girar su rostro de rayos hacia España.

Aquí está Rusia entera vestida de soldado,
protegiendo los niños que anhela la trilita
de Italia y Alemania bajo el sueño sagrado,
y que del vientre mismo de la madre los quita.

Dormitorios de niños españoles: zarpazos
de inocencia que arrojan de Madrid, de Valencia,
a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos,
la vida que destruyen manchados de inocencia.

Frágiles dormitorios al sol de la luz clara,
sangrienta de repente y erizada de astillas.
¡Si tanto dormitorio deshecho se arrojara
sobre las dos cabezas y las cuatro mejillas!

Se arrojará, me advierte desde su tumba viva
Lenin, con pie de mármol y voz de bronce quieto,
mientras contempla inmóvil el agua constructiva
que fluye en forma humana detrás de su esqueleto.

Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,
fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.
Y sólo se verá tractores y manzanas,
panes y juventud sobre la tierra.

La fábrica-ciudad

*(En una ciudad de la U.R.S.S. —Jarko—
he asistido al nacimiento multiplicado, numeroso,
rápido del tractor).*

Son al principio un leve proyecto sobre planos,
propósitos, palabras, papel, la nada apenas,
esos graves tractores que parten de las manos
como ganaderías sólidas con cadenas.

Se congregan metales de zonas diferentes,
prueban su calidad los finos probadores,
la fundición, la forja, los metálicos dientes.
Y empieza el nacimiento veloz de los tractores.

Id conmigo a la fábrica-ciudad: venid, que quiero
contemplar con los pueblos las creaciones violentas,
la gestación del aire y el parto del acero,
el hijo de las manos y de las herramientas.

La fábrica se halla guardada por las flores,
los niños, los cristales, en dirección al día.
Dentro de ella son leves trabajos y sudores,
porque la libertad puso allí la alegría.

Fragor de acero herido, resoplidos brutales,
hierro latente, hierro candente, torturado,
trepidando, piafando, rodando en espirales,
en ruedas, en motores, caballo huracanado.

Una visión de hierro, de fortaleza innata,
un clamor de metales probados, perseguidos,
mientras de nave en nave se encabrita y desata
con dólmenes de espuma, chispazos y rugidos.

Es como una extensión de furias que contienen
su casco apasionado sobre desfiladeros,
contra muros en donde se gastan, van y vienen,
con llamas de sudor y grasa los obreros.

Chimeneas de humo largo, sordo, grasiento,
acosan con penumbras a la creadora masa,
a la generadora masa que obra el portento,
el tractor con los dientes sepultados en grasa.

Hornos de fogonazos: perspectivas de lumbre.
Irradian los carbones como el sol, las calderas,
los lavaderos donde llega la muchedumbre
del metal que retiene sus escorias primeras.

Laten motores como del agua poseídos,
hélices submarinas, martillos, campanarios,
correas, ejes, chapas. Y se oyen estallidos,
choques de terremotos, rumores planetarios.

Leones de azabache, por estas naves grises,
selvas civilizadas, calenturientas moles,
relucen los obreros de todos los países
como si trabajaran en la creación de soles.

En la sección de fraguas y sonidos más puros,
se hacen más consistentes las domadas fierezas.
Y el tornillo penetra como un sexo seguro,
tenaz, uniendo partes, desarrollando piezas.

Veloz de mano en mano, crece el tractor y pasa
a ser un movimiento de titán laborioso,
un colosal anhelo de hacer la espiga rasa,
fértil los baldíos, dilatado el reposo.

Ya va a llegar el día feliz sobre la frente
de los trabajadores: aquel día profundo
en que sea el minuto jornada suficiente
para hacer un tractor capaz de arar el mundo.

Ya despliega el vigor su piel generadora,
su central de energías, sus titánicos rastros.
Y los hombres se entregan a la función creadora
con la seguridad suprema de los astros.

La fábrica-ciudad estalla en su armonía
mecánica de brazos y aceros impulsores.
Y a un grito de sirenas, arroja sobre el día,
en un grandioso parto, raudales de tractores.

El soldado y la nieve

Diciembre ha congelado su aliento de dos filos,
y lo resopla desde los cielos congelados,
como una llama seca desarrollada en hilos,
como una larga ruina que ataca a los soldados.

Nieve donde el caballo que impone sus pisadas
es una soledad de galopante luto.
Nieve de uñas cernidas, de garras derribadas,
de celeste maldad, de desprecio absoluto.

Muerde, tala, traspasa como un tremendo hachazo,
con un hacha de mármol encarnizado y leve.
Desciende, se derrama como un deshecho abrazo
de precipicios y alas, de soledad y nieve.

Esta agresión que parte del centro del invierno,
hambre cruda, cansada de tener hambre y frío,
amenaza al desnudo con un rencor eterno,
blanco, mortal, hambriento, silencioso, sombrío.

Quiere aplacar las fraguas, los odios, las hogueras,
quiere cegar los mares, sepultar los amores:
y va elevando lentas y diáfanas barreras,
estatuas silenciosas y vidrios agresores.

Que se derrame a chorros el corazón de lana
de tantos almacenes y talleres textiles,
para cubrir los cuerpos que queman la mañana
con la voz, la mirada, los pies y los fusiles.

Ropa para los cuerpos que pueden ir desnudos,
que pueden ir vestidos de escarchas y de hielos:
de piedra enjuta contra los picotazos rudos,
las mordeduras pálidas y los pálidos vuelos.

Ropa para los cuerpos que rechazan callados
los ataques más blancos con los huesos más rojos.
Porque tienen el hueso solar estos soldados,
y porque son hogueras con pisadas, con ojos.

La frialdad se abalanza, la muerte se deshoja,
el clamor que no suena, pero que escucho, llueve.
Sobre la nieve blanca, la vida roja y roja
hace la nieve cálida, siembra fuego en la nieve.

Tan decididamente son el cristal de roca
que sólo el fuego, sólo la llama cristaliza,
que atacan con el pómulo nevado, con la boca,
y vuelven cuando atacan recuerdos de ceniza.

Los hombres viejos

I

Nacen puestos de gafas, y una piel de levita,
y una perilla obscena de culo de bellota,
y calvos, y caducos. Y nunca se les quita
la joroba que dentro del alma les explota.

Pedos con barbacana, ceremoniosos pedos,
de su senil niñez de polvo enlevitado,
pasan a la edad plena con polvo entre los dedos,
sonando a sepultura y oliendo a antepasado.

Parecen candeleros infelices, escobas
desplumadas, retiesas, con toga, con bonete:
una congregación de gallardas jorobas
con callos y verrugas al borde del retrete.

Con callos y verrugas, y coles y misales,
la dignidad del asno se rebela en la enjalma,
mirando estos cochinos tan espirituales
con callos y verrugas en la extensión del alma.

Alma verrugicida, callicida la vuestra.
Habéis nacido tiesos como los monigotes,
y vivís de puntillas, levantando la diestra
para cornamentar la voz y los bigotes.

Saludáis con el ano, no arrugáis nunca el traje,
disimuláis los cuernos con laureles de lata.
No paráis en la tierra, siempre vais de viaje
por un país de luna maquinal, mentecata.

Nacéis inventariados, morís previa promesa
de que seréis cubiertos de estatuas y coronas.
Vais como procesados por el sol, que procesa
aquello que señala delito en las personas.

Os alimenta el aire sangriento de un juzgado,
de un presidio siniestro de abogados y jueces.
Y concedéis los pedos por audiencia de un lado,
mientras del otro lado jodéis, meáis a veces.

Herís, crucificáis con ojos compasivos,
cadáveres de todas las horas y los días:
autos de poca fe, pasto de los archivos,
habláis desde los pulpitos de muchas tonterías.

Nunca tenga que ver yo con estos doctores,
estas enciclopedias ahumadas, aplastantes.
Nunca de estos filósofos me ataquen los humores,
porque sus agudezas me resultan laxantes.

Porque se ponen huecos igual que las gallinas
para eructar sandeces creyéndose profundos:
porque para pensar entran en las letrinas,
en abismos rellenos de folios moribundos.

Sentenciosas tinajas vacías, pero hinchadas,
se repliegan sus frentes igual que acordeones,
y ascienden y descienden, tortugas preocupadas,
y el corazón les late por no sé qué rincones.

No se han hecho para estos boñigos los barbechos,
no se han hecho para estos gusanos las manzanas.
Sólo hay chocolateras y sillones deshechos
para estas incoherencias reumáticas y canas.

Retretes de elegancia, cagan correctamente:
hijos de puta ansiosos de politiquerías,
publicidad y bombo, se corrigen la frente
y preparan el gesto de las fotografías.

Temblad, hijos de puta, por vuestra puta suerte,
que unos soldados de alma patética deciden:
ellos son los que tratan la verdadera muerte,
ellos la verdadera, la ruda vida piden.

La vida es otra cosa, sucios señores míos,
más clara, menos turbia de folios, de oficinas.
Nadan radiantemente sus cuerpos en los ríos
y no usan esa cara de múltiples esquinas.

Nunca fuisteis muchachos, y queréis que persista
un mundo aparatoso de cartón estirado,
por donde el cartón vaya paticojo y turista,
rey entre maniquíes de pulso congelado.

Venís de la Edad Media donde no habéis nacido,
porque no sois del tiempo presente ni el ausente.
Os mata una verdad en el caduco nido:
la que impone la vida del siempre adolescente.

Yo soy viejo: tan viejo, que el primer hombre late
dentro de mis vividos y veintisiete años,
porque combato al tiempo y el tiempo me combate.
A vosotros, vencidos, os trata como a extraños.

II

Trapos, calcomanías, defunciones, objetos,
muladares de todo, tinajas, oquedades,
lápidas, catafalcos, legajos, mamotretos,
inscripciones, sudarios, menudencias, ruindades.

Polvo, palabrería, carcoma y escritura,
cornisas; orinales que quieren ser severos,
y se llevan la barba de goma a la cintura,
y duermen rodeados de siglos y sombreros.

Vilmente descosidos, pálidos de avaricia,
lo que más les preocupa de todo es el bolsillo.
Gotosos, desastrosos, malvados, la injusticia
se viste de acta en ellos con papel amarillo.

Los veréis adheridos a varios ministerios,
a varias oficinas por el ocio amuebladas.
Con el sexo en la boca canosa, van muy serios,
trucosos, maniobreros, persiguiendo embajadas.

Los veréis sumergidos entre trastos y coños
internacionalmente pagados, conocidos:
pasear por Ginebra los cojones bisoños
con cara de inventores mortalmente aburridos.

Son los que recomiendan y los recomendados.
La recomendación es su procedimiento.
Por recomendación agonizan sentados
donde la muerte cómoda pone su ayuntamiento.

Cuando van a acostarse, se quitan la careta,
el disfraz cotidiano, la diaria postura.
Ante su sordidez se nubla la peseta,
se agota en su paciencia la estatua más segura.

A veces de la mala digestión de estos cuervos
que quieren imponernos su vejez, su idioma,
que quieren que seamos lenguas esclavas, siervos,
dependen muchas vidas con signo de paloma.

A veces son marquesas íntimas de ambiciones,
insaciables de joyas, relumbronas de trato:
fracasadas de título, caballares de acciones,
relinchan por llevar el mundo en el zapato.

Putonas de importancia, miden bien la sonrisa
con la categoría que quien las trata encierra:
políticas jetudas, desgastan la camisa
jodiendo mientras hablan del drama de la guerra.

Se cae de viejo el mundo con tal matalotaje.
Hijos de la rutina bisoja y contrahecha, valoran
a los hombres por el precio del traje, cagan,
y donde cagan colocan una fecha.

Van del hotel al banco, del hotel al paseo
con una cornamenta notable de aire insulso.
Es humillar al prójimo su más noble deseo
y el esfuerzo mayor le hacen meando a pulso.

Hemos de destrozaros en vuestras legaciones,
en vuestros escenarios, en vuestras diplomacias.
Con ametralladoras cálidas y canciones
os ametrallaremos, prehistóricas desgracias.

Porque, sabed: llevamos mucha verdad metida
dentro del corazón, sangrando por la boca:
y os vencerá la férrea juventud de la vida,
pues para tanta fuerza tanta maldad es poca.

La juventud, motores, ímpetus a raudales,
contra vosotros, viejos exhombres, plena llueve:
mueve unánimemente sus músculos frutales,
sus máquinas de abril contra vosotros mueve.

Viejos exhombres viejos: ni viejos tan siquiera.
La vejez es un don que cederá mi frente,
y a vuestro lado es joven como la primavera.
Sois la decrepitud andante y maloliente.

Sois mis enemiguitos: los del mundo que siento
rodar sobre mi pecho más claro cada día.
Y con un soplo sólo de mi caliente aliento,
con este solo soplo dicté vuestra agonía.

El hambre

I

Tened presente el hambre: recordad su pasado
turbio de capataces que pagaban en plomo.
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

El hambre paseaba sus vacas exprimidas,
sus mujeres resecas, sus devoradas ubres,
sus ávidas quijadas, sus miserables vidas
frente a los comedores y los cuerpos salubres.

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura
eran sólo de aquellos que se llamaban amos.
Para que venga el pan justo a la dentadura
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,
los que entienden la vida por un botín sangriento:
como los tiburones, voracidad y diente,
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Años del hambre han sido para el pobre sus años.
Sumaban para el otro su cantidad los panes.
Y el hambre alobadaba sus rapaces rebaños
de cuervos, de tenazas, de lobos, de alacranes.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,
cicatrices y heridas, señales y recuerdos
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas:
cerdos con un origen peor que el de los cerdos.

Por haber engordado tan baja y brutalmente,
más abajo de donde los cerdos se solazan,
seréis atravesados por esta gran corriente
de espigas que llamean, de puños que amenazan.

No habéis querido oír con orejas abiertas
el llanto de millones de niños jornaleros.
Ladrábais cuando el hambre llegaba a vuestras puertas
a pedir con la boca de los mismos luceros.

En cada casa, un odio como una higuera fosca,
como un tremante toro con los cuernos tremantes,
rompe por los tejados, os cerca y os embosca,
y os destruye a cornadas, perros agonizantes.

II

El hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende.
Y la ferocidad de nuestros sentimientos,
allá donde el estómago se origina, se enciende.

Uno no es tan humano que no estrangule un día
pájaros sin sentir herida la conciencia,
que no sea capaz de ahogar en nieve fría
palomas que no saben si no es de la inocencia.

El animal influye sobre mí con extremo,
la fiera late en todas mis fuerzas, mis pasiones.
A veces, he de hacer un esfuerzo supremo
para acallar en mí la voz de los leones.

Me enorgullece el título de animal en mi vida,
pero en el animal humano persevero.

Y busco por mi cuerpo lo más puro que anida,
bajo tanta maleza, con su valor primero.

Por hambre vuelve el hombre sobre los laberintos
donde la vida habita siniestramente sola.
Reaparece la fiera, recobra sus instintos,
sus patas erizadas, sus rencores, su cola.

Arroja los estudios y la sabiduría,
y se quita la máscara, la piel de la cultura,
los ojos de la ciencia, la corteza tardía
de los conocimientos que descubre y procura.

Entonces sólo sabe del mal, del exterminio.
Inventa gases, lanza motivos destructores,
regresa a la pezuña, retrocede al dominio
del colmillo, y avanza sobre los comedores.

Se ejercita en la bestia, y empuña la cuchara
dispuesto a que ninguno se le acerque a la mesa.
Entonces sólo veo sobre el mundo una piara
de tigres, y en mis ojos la visión duele y pesa.

Yo no tengo en el alma tanto tigre admitido,
tanto chacal prohibado, que el vino que me toca,
el pan, el día, el hambre no tenga compartido
con otras hambres puestas noblemente en la boca.

Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera
hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente.
Yo, animal familiar, con esta sangre obrera
os doy la humanidad que mi canción presiente.

El herido

Para el muro de un hospital de sangre

I

Por los campos luchados se extienden los heridos.
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores salta
un tragal de chorros calientes, extendidos
en rancos surtidores

La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.
Y las heridas suenan igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas.

La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece, y se halla.

Herido estoy, miradme: necesito más vidas.
La que contengo es poca para el gran cometido
de sangre que quisiera perder por las heridas.
Decid quién no fue herido.

Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!

Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espuma mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

18 de julio 1936 - 18 de julio 1938

Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes.
Son dos años de sangre: son dos inundaciones.
Sangre de acción solar, devoradora vienes,
hasta dejar sin nadie y ahogados los balcones.

Sangre que es el mejor de los mejores bienes.
Sangre que atesoraba para el amor sus dones.
Vedla enturbiando mares, sobrecogiendo trenes,
desalentando toros donde alentó leones.

El tiempo es sangre. El tiempo circula por mis venas.
Y ante el reloj y el alba me siento más que herido,
y oigo un chocar de sangres de todos los tamaños.

Sangre donde se puede bañar la muerte apenas:
fulgor emocionante que no ha palidecido,
porque lo recogieron mis ojos de mil años.

Madre España

Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,
con todas las raíces y todos los corajes,
¿quién me separará, me arrancará de ti,
madre?

Abrazado a tu vientre, ¿quién me lo quitará,
si su fondo titánico da principio a mi carne?
Abrazado a tu vientre, que es mi perpetua casa,
¡nadie!

Madre: abismo de siempre, tierra de siempre: entrañas
donde desembocando se unen todas las sangres:
donde todos los huesos caídos se levantan:
madre.

Decir madre es decir *tierra que me ha parido*;
es decir a los muertos: *hermanos, levantarse*;
es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo
sangre.

La otra madre es un puente, nada más, de tus ríos.
El otro pecho es una burbuja de tus mares.
Tú eres la madre entera con todo tu infinito,
madre.

Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo.
Tierra que voy comiendo, que al fin ha de tragarme.
Con más fuerza que antes, volverás a parirme,
madre.

Cuando sobre tu cuerpo sea una leve huella,
volverás a parirme con más fuerza que antes.
Cuando un hijo es un hijo, vive y muere gritando:
¡madre!

Hermanos: defendamos su vientre acometido,
hacia donde los grajos crecen de todas partes,
pues, para que las malas alas vuelen, aún quedan
aires.

Echad a las orillas de vuestro corazón
el sentimiento en límites, los afectos parciales.
Son pequeñas historias al lado de ella,
siempre grande.

Una fotografía y un pedazo de tierra,
una carta y un monte son a veces iguales.
Hoy eres tú la hierba que crece sobre todo,
madre.

Familia de esta tierra que nos funde en la luz,
los más oscuros muertos pugnan por levantarse,
fundirse con nosotros y salvar la primera
madre.

España, piedra estoica que se abrió en dos pedazos
de dolor y de piedra profunda para darme:
no me separarán de tus altas entrañas,
madre.

Además de morir por ti, pido una cosa:
que la mujer y el hijo que tengo, cuando pasen,
vayan hasta el rincón que habite de tu vientre,
madre.

Canción última

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruinosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.

Y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza



Cancionero
y romancero de ausencias
(1938-1941)



Comentario a *Cancionero y romancero de ausencias*

Este libro toma como materia de inspiración tres sucesos radicales en la vida del poeta: la muerte del hijo en 1938, la Guerra Civil y la prisión. Tres sucesos que se traducen en tres ausencias, que estos poemas pretenden conjurar, a través del canto: la ausencia del hijo, la ausencia de la paz y la ausencia de la libertad. El canto conjura, en definitiva, una ausencia mayor que no halla consuelo en el silencio.

Poemas de arte menor y tono lírico, se hallan escritos en su mayor parte en versos cortos, rimados, con un aire de copla y de romancillo, que contrastan con el verso de arte mayor y grave, empleado en libros anteriores. Contrasta notoriamente el tema con la forma, en lo que respecta al tono fúnebre y la medida del verso utilizado para darle expresión. Prescinde aquí de la retórica a la que estábamos acostumbrados como lectores, despojando su verso de las reminiscencias gongorinas y quevedianas de sus primeros libros. Ese despojamiento podría haber acercado su lenguaje al de las canciones o romancillos de García Lorca; no obstante, aquí falta ese componente lúdico, infantil casi, del poema de *Romancero gitano*, como también de su popularismo.

La ausencia o las ausencias —la del hijo, la de todos, la de la libertad— hallan expresión en un registro verbal leve, de canción y de copla, que contrasta con el verso robusto y grave de libros anteriores como *El rayo que no cesa* y *Viento del pueblo*, donde el dolor es expresado a través de imágenes telúricas que dan cuenta de un estado anímico quebrado por un conjunto de ausencias irremediables. El tono más leve que hallamos en este libro se condice tal vez con el primer tema abordado: la muerte de un niño, con lo que esta tiene de ronda infantil, y cómo esta se proyecta al dolor ocasionado por la guerra civil y la prisión, como si la muerte del hijo fuese una experiencia que rebasara su propio ser para extenderse a las otras experiencias evocadas, al ser entero del poeta que expresa su dolor. El tono menor de

canción con que se expresan dolores y sentimientos mayores, genera un contraste lírico de gran interés en el sentido que muestra que en ese desajuste puede expresarse un desasosiego mayor.

Se trataría de una especie de diario íntimo, en el sentido de registro lírico individual, donde Miguel Hernández tiende a una clara síntesis conceptual y lingüística, con notoria reducción de formas y técnicas, que diferencia esta poesía de toda la que había escrito hasta entonces. La reducción conceptual y lingüística personaliza el poema al máximo, lo intimiza, limitando el carácter social y colectivo de sus libros anteriores. Si en *Vientos del pueblo* se produce una ampliación de lo particular, sea el dolor, el amor o la muerte, en *Cancionero y romancero de ausencias*, se tiende a una individualización de los padeceres colectivos, como la guerra civil, por ejemplo.

Miguel Hernández busca en lo más hondo de sí mismo las formas poéticas más tradicionales, para codificar esas ausencias que tanto le duelen, como si en esa tradición hallara la familiaridad de una heredad en la que encontrar consuelo; se trata de un lenguaje anterior a *Perito en lunas*, es decir, previo al gongorismo de los primeros poemas publicados, aquellas primeras tentativas líricas transidas de popularismo.

La forma del cancionero y romancero, que suponen versos de arte menor, no se condicen con el tono mayor en el que están codificados, puesto que los temas abordados —la lamentación elegíaca por la muerte del hijo, los horrores de la guerra civil—, no son en absoluto temas menores, que exijan formas menores, como el cancionero, por ejemplo, con sus versos de arte menor. Ese contraste entre tema, tono y forma, da cuenta de un desfase expresivo y emotivo de gran intensidad, un choque entre forma y contenido que se resuelve aquí de modo muy diverso a la de los libros anteriores, como *Viento del pueblo*, en que hay un verdadero acuerdo entre forma y contenido, si fuera posible aún el deslinde entre ambas dimensiones.

1

Ropas con su olor,
paños con su aroma.

Se alejó en su cuerpo,
me dejó en sus ropas.

Lecho sin calor,
sábana de sombra.

Se ausentó en su cuerpo
Se quedó en sus ropas.

Negros ojos negros.

El mundo se abría
sobre tus pestañas
de negras distancias.

Dorada mirada.

El mundo se cierra
sobre tus pestañas
lluviosas y negras.

El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.

De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos, y los muertos.
Cuatro pasos, y los vivos.

Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.

Sangre remota.
Remoto cuerpo,
dentro de todo,
dentro, muy dentro
de mis pasiones,
de mis deseos.

¿Qué quiere el viento de encono
que baja por el barranco
y violenta las ventanas
mientras te visto de abrazos?

Derribarnos, arrastrarnos.

Derribadas, arrastradas,
las dos sangres se alejaron.
¿Qué sigue queriendo el viento
cada vez más enconado?

Separarnos.

Como la higuera joven
de los barrancos eras.
Y cuando yo pasaba
sonabas en la sierra.

Como la higuera joven,
resplandeciente y ciega.

Como la higuera eres.
Como la higuera vieja.
Y paso, y me saludan
silencio y hojas secas.

Como la higuera eres
que el rayo envejeciera.

El sol, la rosa y el niño
flores de un día nacieron.
Los de cada día son
soles, flores, niños nuevos.

Mañana no seré yo:
otro será el verdadero.
Y no seré más allá
de quien quiera su recuerdo.

Flor de un día es lo más grande
al pie de lo más pequeño.
Flor de la luz el relámpago,
y flor del instante el tiempo.

Entre las flores te fuiste.
Entre las flores me quedo.

En este campo
estuvo el mar.

Alguna vez volverá

Si alguna vez una gota
roza este campo, este campo
siente el recuerdo del mar.

Alguna vez volverá.

El corazón es agua
que se acaricia y canta.

El corazón es puerta
que se abre y se cierra.

El corazón es agua
que se remueve, arrolla,
se arremolina, mata.

Si nosotros viviéramos
lo que la rosa, con su intensidad,
el profundo perfume de los cuerpos
sería mucho más.

¡Ay, breve vida intensa
de un día de rosales secular
pasaste por la casa
igual, igual, igual
que un meteoro herido, perfumado
de hermosura y verdad.

La huella que has dejado es un abismo
con ruinas de rosal
donde un perfume que no cesa hace
que vayan nuestros cuerpos más allá.

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Escribí en el arenal
los tres nombres de la vida:
vida, muerte, amor.

Una ráfaga de mar,
tantas claras veces ida,
vino y los borró.

Uvas, granadas, dátiles,
doradas, rojas, rojos,
hierbabuena del alma,
azafrán de los poros.

Uvas como tu frente,
uvas como tus ojos,
granadas con la herida
de tu florido asombro,
dátiles con tu esbelta
ternura sin retorno.
Azafrán, hierbabuena
llueves a grandes chorros
sobre la mesa pobre,
gastada, del otoño,
muerto que te derramas,
muerto que yo conozco,
muerto frutal, caído
con octubre en los hombros.

Todas las casas son ojos
que resplandecen y acechan.

Todas las casas son bocas
que escupen, muerden y besan.

Todas las casas son brazos
que se empujan y se estrechan.

De todas las casas salen
soplos de sombra y de selva

En todas hay un clamor
de sangres insatisfechas.

Y a un grito todas las casas
Se asaltan y se despueblan.
Y a un grito todas se aplacan,
Y se fecundan, y esperan.

* El poema es una personificación de la casa, imagen y representación del destierro y la ausencia de sus moradores. La casa adquiere atributos humanos que se vinculan con la expulsión de quienes la habitan, con una hostilidad contradictoria: «Todas las casas son bocas/ que escupen, muerden y besan». «Y a un grito todas las casas / se asaltan y se despueblan».

Cuando paso por tu puerta
la tarde me viene a herir
con su hermosura desierta
que no acaba de morir.

Tu puerta no tiene casa ni calle:
tiene un camino
por donde la tarde pasa
como un agua sin destino.

Tu puerta tiene una llave
que para todos rechina.
En la tarde hermosa y grave
ni una sola golondrina.

Hierbas en tu puerta crecen
de ser tan poco pisada;
todas las cosas padecen
sobre la tarde abrasada.

* En este poema prosigue desarrollándose el símbolo de la casa, particularizada en la imagen de la puerta.

«Tu puerta no tiene casa», invierte el sintagma «Tu casa no tiene puerta», es decir, se subvierte la relación contenido/continente, para expresar el quiebre, la fractura de la normalidad que supone el orden familiar armónico. Una puerta sin casa resulta, sin dudas, notablemente más desolador que una casa sin puerta. La inversión posee aquí una intensa eficacia expresiva, porque invierte el sentido común, precisamente el sentido común que supone que las casas son hechas para habitarse, para contener. Una casa vacía es un contrasentido que expresa el contrasentido de la muerte como algo que se construye para ser habitada por la ausencia.

La piel de tu puerta encierra
un lecho que compartir.
La tarde no encuentra tierra
donde ponerse a morir.

Lleno de un siglo de ocasos
de una tarde azul de abierta,
hundo en tu puerta mis pasos
y no sales a tu puerta.

En tu puerta no hay ventana
por donde poderte hablar.

Mi casa contigo era
la habitación de la bóveda.
Dentro de mi casa entraba
por ti la luz victoriosa.

Mi casa va siendo un hoyo.
Yo no quisiera que toda
aquella luz se alejara
vencida, desde la alcoba.

Pero cuando llueve, siento
que las paredes se ahondan,
y reverdecen los muebles,
rememorando las hojas.
Mi casa es una ciudad
con una puerta a la aurora,
otra más grande a la tarde,
a la noche, inmensa, otra.

Mi casa es un ataúd.
bajo la lluvia redobla
y ahuyenta las golondrinas
que no la quisieran torva.

En mi casa falta un cuerpo.

Dos en nuestra casa sobran.

Muerto mío, muerto mío.
Nadie nos siente en la tierra
donde haces caliente el frío.

La libertad es algo
que sólo en tus entrañas
bate como el relámpago.

Menos tu vientre,
todo es confuso.

Menos tu vientre,
todo es futuro
fugaz, pasado
baldío, turbio.

Menos tu vientre,
todo es oculto.

Menos tu vientre
todo inseguro,
todo postrero,
polvo sin mundo.

Menos tu vientre
todo es oscuro.
Menos tu vientre
claro y profundo.

62 La boca

Boca que arrastra mi boca:
boca que me has arrastrado:
boca que vienes de lejos
a iluminarme de rayos.
Alba que das a mis noches
un resplandor rojo y blanco.
Boca poblada de bocas:
pájaro lleno de pájaros.

Canción que vuelve las alas
hacia arriba y hacia abajo.
Muerte reducida a besos,
a sed de morir despacio,
dando a la grana sangrante
dos lúcidos aletazos.
El labio de arriba el cielo
y la tierra el otro labio.

Beso que rueda en la sombra:
beso que viene rodando
desde el primer cementerio
hasta los últimos astros.

Astro que tiene tu boca
enmudecido y cerrado,
hasta que un roce celeste
hace que vibren sus párpados.
Beso que va a un porvenir
de muchachas y muchachos,
que no dejarán desiertos
ni las calles ni los campos.

¡Cuántas bocas enterradas,
sin boca, desenterramos!

Bebo en tu boca por ellos,
brindo en tu boca por tantos
que cayeron sobre el vino
de los amorosos vasos.
Hoy son recuerdos. Recuerdos
Besos distantes y amargos.

Hundo en tu boca mi vida,
oigo rumores de espacios.
Y el infinito parece
que sobre mí se ha volcado.

He de volverte a besar.
He de volver, hundo, caigo,
mientras descienden los siglos
hacia los hondos barrancos.
Como una febril nevada
de besos y enamorados.

Boca que desenterraste
el amanecer más claro
con tu lengua. Tres palabras,
tres fuegos has heredado:
vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos sobre tus labios.

66 Después del amor

No pudimos ser. La tierra
no pudo tanto. No somos
cuanto se propuso el sol
en un anhelo remoto.
Un pie se acerca a lo claro.
En lo oscuro insiste el otro.
Porque el amor no es perpetuo
en nadie, ni en mí tampoco.
El odio aguarda un instante
dentro del carbón más hondo.
Rojo es el odio y nutrido.
El amor, pálido y solo.

Cansado de odiar, te amo.
Cansado de amar, te odio.

Llueve tiempo, llueve tiempo.
Y un día triste entre todos,
triste por toda la tierra,
triste desde mí hasta el lobo,
dormimos y despertamos
con un tigre entre los ojos.

Piedras, hombres como piedras,
duros y plenos de encono,
chocan en el aire, donde
chocan las piedras de pronto.

Soledades que hoy rechazan
y ayer juntaban sus rostros.
Soledades que en el beso
guardan el rugido sordo.

Soledades para siempre.
Soledades sin apoyo.

Cuerpos como un mar voraz,
entrechocando, furioso.

Solitariamente atados
por el amor, por el odio,
por las venas surgen hombres,
cruzan las ciudades, torvos.

En el corazón arraiga
solitariamente todo.
Huellas sin campaña quedan
como en el agua, en el fondo.
Sólo una voz, a lo lejos,
siempre a lo lejos la oigo,
acompaña y hace ir
igual que el cuello a los hombros.

Sólo una voz me arrebató
este armazón espinoso
de vello retrocedido
y erizado que me pongo.

Los secos vientos no pueden
secar los mares jugosos.
Y el corazón permanece
fresco en su cárcel de agosto
porque esa voz es el arma
más tierna de los arroyos:

«Miguel: me acuerdo de ti
después del sol y del polvo,
antes de la misma luna,
tumba de un sueño amoroso».

Amor: aleja mi ser
de sus primeros escombros,
y edificándome, dicta
una verdad como un soplo.

Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, todo.

Vino. Dejó las armas,
las garras, la maleza.

La suavidad que sube,
la suavidad que reina
sobre la voz, el paso,
sobre la piel, la pierna,
arrebato su cuerpo
y estremeció sus cuerdas.

Se consumó la fiera.

La noche sobrehumana
su sangre ungió de estrellas,
relámpagos, caricias,
silencios, besos, penas.

Memoria de la fiera.

Pero al venir el alba
se abalanzó sobre ella
y recobró las armas,
las garras, la maleza.
Salió. Se fue dejando
locas de amor las puertas.

Se reanimó la fiera.

Y espera desde entonces
hasta que el hombre vuelva.

73 Guerra

Todas las madres del mundo
ocultan el vientre, tiemblan,
y quisieran retirarse,
a virginidades ciegas,
al origen solitario
y el pasado sin herencia.

Pálida, sobrecogida
la fecundidad se queda.
El mar tiene sed y tiene
sed de ser agua la tierra.
Alarga la llama el odio
y el amor cierra las puertas.

Voces como lanzas vibran,
voces como bayonetas.
Bocas como puños vienen,
puños como cascos llegan.
Pechos como muros roncoss,
piernas como patas recias.

El corazón se revuelve,
se atorbellina, revienta.
Arroja contra los ojos
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,
precipita la cabeza
y busca un cuerpo, una herida
por donde lanzarse afuera.

La sangre recorre el mundo
enjaulada, insatisfecha.
Las flores se desvanecen
devoradas por la hierba.
Ansias de matar invaden
el fondo de la azucena.
Acoplarse con metales
todos los cuerpos anhelan:
desposarse, poseerse
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia
general, creciente, reina.
Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras.

Músicas exasperadas,
duras como botas, huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas tiernas.
Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea.
¿Para qué quiero la luz
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,
coplas, trompas que aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse, piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Besos. Ruedas.
Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.
Después, el silencio, mudo

de algodón, blanco de vendas,
cárdeno de cirugía,
mutilado de tristeza.
El silencio. Y el laurel
en un rincón de osamentas.
Y un tambor enamorado,
como un vientre tenso, suena
detrás del innumerable
muerto que jamás se aleja.

74 Nanas de la cebolla*

*(Dedicadas a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer
en la que le decía que no comía más que pan y cebolla)*

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos

* La cebolla representa aquí la pobreza, metaforizada como escarcha, cuya frialdad remite al frío que adolecen los pobres y donde el «hielo negro» representa el frío de los muertos.

la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares,
con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
hincando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho:
él, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.



Poemas dispersos
(1930-1942)



Comentario a *Poemas dispersos* (1930-1942)

Este conjunto de poemas escritos entre los años 1930 y 1942 es una muestra de la versatilidad estilística que se da dentro de un mismo mundo poético, como también de las distintas y disímiles influencias que gravitaron sobre la escritura de Miguel Hernández a lo largo de este fecundo periodo creativo. A la nítida influencia de Luis de Góngora en textos como «La abeja» y «Cigarra excesiva» se suma el influjo de la poesía de Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, a quienes dedica sendas odas. En efecto, poemas como «Mi sangre es un camino», «Vecino de la muerte» y las odas a Pablo Neruda y Vicente Aleixandre, muestran un desasimiento de formas estróficas fijas y una apertura al verso libre, junto con la creación de imágenes de clara filiación surrealista, que demuestran una evolución dentro de un registro poético tempranamente delineado desde *Perito en lunas*. Más que un cambio de dirección habría que hablar de la ampliación de una voz poética muy definida hacia zonas de mayor exploración verbal, que la enriquecen con nuevos elementos, a la vez que la defienden de la fosilización de una retórica establecida. La influencia surrealista en la obra de Miguel Hernández viene a radicalizar, contra lo que se podría suponer, el influjo de Góngora, tan nítido desde su primer libro, en lo que respecta a la complejidad de sus construcciones metafóricas, por ejemplo.

El conjunto muestra claramente dos de las dimensiones temáticas más recurrentes de su poesía: la tanática y la celebratoria. La tanática adquiere forma plena en la elegía, en la que Hernández alcanza real virtuosismo y profundidad. Allí es donde se verifica ese tono quevediano tan bien asimilado por Hernández, mientras que en sus poemas más celebratorios asoma la presencia vigorosa de Góngora. Es en estos textos, como la «Oda al vino», «La abeja», «Huerto mío», «Cigarra excesiva», donde el barroco y su abundancia de frutos, asoma con vigor de tierra fértil, Hernández canta aquí a la vitalidad

de la naturaleza como una fuerza despierta y luminosa, que desborda la precariedad humana. Como contraste, el poema «El silbo de la sequía» representa magistralmente la miseria de la tierra, el dolor de la escasez y el grito colectivo de dolor, que finalmente culmina con su individualización en la figura del poeta que lamenta la escasez de amor en su vida. Escasez y abundancia: dos polos de tensión que recorren gran parte de estos poemas, como expresión visible de la muerte y la vida; y como manifestación, por otro lado, de la infertilidad y la fertilidad que, sin duda, remiten al quehacer creativo del poeta, quien se debate entre esas dos fuerzas, permanentemente. Se observa, por un lado, la fastuosidad metafórica de Góngora y por otro, la sequedad descarnada de Quevedo, dos de las influencias más gravitantes en la poesía de Hernández. La fertilidad no se refiere sólo a la tierra y sus ciclos, sino también a la vitalidad materna, como en el poema «Hijo de la luz y de la sombra», título que explicita otra dualidad, que se superpone a las anteriormente dichas. Mención especial merece la elegía «A mi hijo», poema de gran intensidad, en cuya estrofa final vuelve a plantearse la dualidad fertilidad / infertilidad, esta vez referido a lo materno y lo filial. El hijo aquí se resiste a la muerte, a pesar de haber ya muerto: «Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío / abiertos ante el cielo como dos golondrinas». Es la vida reciente que se niega a diluirse en la muerte, que se aferra a la luz y al cuerpo, con dientes y uñas. En la estrofa final, se desplaza el destinatario y ahora es la madre a quien se apela: «Mujer arrinconada: mira que ya es de día / ¡Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada!» / Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía / la noche continúa cayendo desolada». Hernández, finalmente, invierte la correlación entre maternidad y fecundidad; ahora la madre lleva la noche-muerte en su vientre, como una tumba. El poema se cierra con un remate notable, el remate rotundo con que finaliza un poema y una vida.

Ancianidad

Son mis manos sarmientos; es mi cuerpo encorvado,
débil rama que el viento más ligero conmueve;
vacilante es mi paso; es mi voz, sopro leve
que despide mi pecho de vigor despojado.

Un sol es mi mirada para siempre apagado,
es un pozo mi boca que ya sólo hiel bebe,
y es mi frente que orlan blancos copos de nieve,
un barbecho que en surcos mil el tiempo ha labrado.

Por eso huyo del mundo: me fatiga y me ahoga...
¿Dónde vas, ¡necio!, dónde? —una voz me interroga
que en el fondo de mi alma como un trueno retumba.

Yo prosigo alejándome; y otra voz parecida:
—¿De quién huyes?... —me dice con rencor—. ¡De la vida!
¿Qué pretendes...? —¡La muerte!— ¿Quién te llama? ¡La tumba!

(Actualidad de Orihuela, 22 de enero de 1930)

Imposible

Quiero morirme riendo,
no quiero morirme serio;
y que me den tierra pronto...
pero no de cementerio.

No quiero morir —dormir—,
no quiero dormir muriendo
en un estéril jardín...
¡Yo quiero morir viviendo!

Quiero dormir... ¿Dónde?... Sea
donde lo quiera el Destino:
en un surco de barbecho,
a la vera de un camino...

En una selva ignorada,
o a la orilla de un riachuelo
de esos tan claros, que están
venga a robar cielo al cielo.

Que cuando mi carne sea
nada en polvo, broten flores
de ella, donde caiga escarcha
y escarcha de ruiseñores.

Que resbale por mi cuerpo
la corriente cristalina
y ladronzuela, sacándole
alguna nota argentina.

Que escuche mi oído armónico,
en cuanto el día se vuelva
ascua, la armonía virgen
del virgen Pan de la selva.

Que nazcan espigas fáciles
con luminosas aristas
de mi pecho, que ama el arte,
para recreo de artistas...

No quiero morir —dormir—,
no quiero dormir muriendo
en sagrada tierra estéril...
¡Yo quiero morir viviendo!

Elegía al niño ahogado

Con los ojos abiertos bajo el agua,
nemorosas de verdes y tristeza,
te inquiero, segador de luz y peces.

Mordazas de cristal te puso el río,
chiquillo agamenón, mártir del baño,
cuando gritaste en medio de la muerte.

Te la tragaste a tu pesar: amarga
muerte en el dulce flujo que se marcha
en su persecución y de la orilla,

a pesar de los frenos del molino
a su tropel de rumbos diligentes
y del dogal del puente a su garganta.

Las cañas te alargaron su socorro
con hojas, material de tus barquillas,
pero tu espanto sólo vio la muerte.

Luna de agua, cántaro de carne,
bella lombriz tu sexo, anzuelo inútil
picado por los peces, ya te subo.

¡Ay río, río! hermoso a la ventura,
gobernador de pompas sin gobierno,
¿qué diré, qué le diré a su madre?

¡Ay agua! acompasada de hermosuras,
que te buscas, halladas en cada curva,
cuerdas de los relojes de las norias.

¡Ay pez! ¡ay sapo! ¡ay onda! ¡ay ova! ¡ay margen!
cómplices a la fuerza, ¿qué decirle
a una madre de un crimen cristalino?

Sirenas en maillot cantan las ranas
de medio abajo agua, y por los dedos
lloran los pescadores hilo a hilo.

Como un alga olorosa, entre la arena
chorrea un sexo triste que pudiera
haber tenido colmos de minuto:

acordeón en flor, culebra ciega,
donde aún no había habido un solo pleno
no, una altivez fugaz, sí, un hijo en junto.

Le sobraré dolor, niño, a tu madre
todo el que a ti te falta en la mejilla,
playa donde se comba al sol tu sangre.

Ya no resultarán trinos exentos
de la persiana en flor, de los naranjos,
donde, colón, atropellabas mundos.

Frutas, granadas, senos coronados,
¿quién os redimirá de vuestro peso,
maldición regalada de la rama?

¿A qué mejor pastor encomendarla
este ascensor rebaño de cometas
que no lo conduzca al prado azul del hilo?

¡Ay río!, río por tus afluentes,
playa de golfos, golfo fugitivo,
mantenedor en justas de verdura:

por ¡tanta! acción verdura cometida,
yéndote luz abajo para siempre,
¡así te lleve el mar! ¡así te ahogues!

La abeja

Supero lo que bebo en lo que orino.
Tribulación, recado, desatino
de oro, si bagaje,
si de pelusa, comisión y zumbo,
encuentra en ti mi rumbo
el término feliz de su viaje.

Pájaro orinador de orín divino,
gesto, salvoconducto
de la cera y la miel, útil desvío,
va, con inacabables advertencias,
violador de rivales inocencias,
sacándoles producto.

De pétalos un poco de aire pío,
hace grandes descuentos,
sobre los fundamentos
del abril anteriores;
abastando en los blancos testamentos
sus deslices factores,
cursa a candor, o miel, o cera, o flores.

Oda al vino

A lluvia de calor, techo de parras;
a reposo de pino,
actividad de avispas y cigarras
en el sarmiento fino,
cuerda de pompas y sostén de vino.

Morada episcopal, la cepa nimia,
bajo la luz levante,
en situación se pone de vendimia,
luciendo a cada instante
racimos en estado interesante.

India del grano, asociación del lujo,
vinícola paisaje,
como un mediterráneo sin reflujo,
ni flujo ni oleaje,
sólo esplendor y espuma de ramaje.

Pronto se besarán en la banasta,
nido por coincidencia,
hasta que diga el pie bailable: ¡basta!,
las uvas: concurrencia,
asiduidad de peso y transparencia.

Les concede sazón en su mañana
la Virgen del Carmelo:
pronto la ubre de oro y la de grana
enviscarán el suelo
de moscatel y tinto caramelo.

Al vino ya la tumba de madera
le prepara su fondo;
el vaso su torreón, su vinajera
la misa, el cáliz mondo:
¡triunfo y consagración de lo redondo!

Lo calzarán las botas, a las cuales,
si aspecto da, despega:
latidos de las vides y costales,
palpitación y entrega
el archivo mayor de la bodega.

Subterráneo pantano de los vinos,
v camposanto oscuro
con cruz de grifo y muertos extrafinos
como un dulce seguro
de fontanas de pino y vino puro.

¡Qué agrado! será allí verle cubierto,
hacerse espeso anciano,
impedido de árbol como el muerto,
redondo como el grano,
pistola, por el grifo, herir la mano.

Llave del vino, sexo que atraganta
la mano tabernera:
grifo corriente, y no, freno que canta
y calla, y no, y espera,
y sangra geometrías de madera.

¡Qué regalo! beberlo con aroma
y calidad de higo,
sobre carácter de panal y goma,
y un Cireneo amigo
buscar para el error, la duda digo.

Líquidamente rubios, genuflexos,
como los amarantos
y las corbatas, tornarán los sexos,
y habrá doctores, ¿cuántos?
consultores de esquinas y de cantos.

Como si fuera el Santo Sacramento
lo alzaré en los manteles,
o el Espíritu Santo del tormento
en figura de mieles,
o la Transformación de los claveles.

Calentará como un rojo solsticio
el hueso de mi frente,
y seré con su carga, sin mi juicio,
no el yo de diariamente,
sí otro loco mejor y diferente.

Huerto mío

Del monte en la ladera...

Fray Luis

Paraíso local, creación postrera,
si breve de mi casa;
sitiado abril, tapiada primavera,
donde mi vida pasa
calmándole la sed cuando le abrasa.

Yo, dios y adán, que lo cultivo y riego,
por mi mano y conducto,
de frescor artesiano, su sosiego
recojo, su producto,
sus dádivas de miel en usufructo.

De su interior de hojas, por sorpresa,
bien logré esta mañana
el chorro de la luz primera y tiesa,
de la cigarra hispana,
y una breva a lo bolsa luto y grana.

Adán por afición, aunque sin eva,
hojeo aquí mis horas,
viendo al verde limón cómo releva
de amarillo sus proras,
y al higo verde hacer obras medoras.

Aquí los venenosos perejiles
extreman sus caireles,
parejos al azul de los astiles
de los altos claveles,
espigas injertadas en pinceles.

Mi carne, contra el tronco, se apodera,
en la siesta del día,
de la vida, del peso de la higuera,
¡tanto!, que se diría,
al divorciarlas, que es de carne mía.

Propósitos de cánticos y aves
celan las frondas, nidos.
Entre las hojas brotan nubes, naves,
espacios reducidos
que a ¡cuánto amor! elevan mis sentidos.

La hoja bien detallada por el cielo,
y el cielo por la hoja,
surten de gracia y paz el aire en celo,
que cuando se le antoja
arrecia ramas, luz de cielo afloja.

Para acallar el grito del deseo,
del sitio donde yerra,
el fruto chino, el árabe y guineo,
da suicidado en tierra,
creciendo en paz y madurando en guerra.

Oigo cómo se azuzan los corrales
los cantos de sus gallos.
Geranios, por lo rojos, criminales,
demuestran en sus tallos
que son de aquéllos émulos, vasallos.

El canario, en la tapia, gargantea
la isla de que procede:
en la púa que al trino, cirinea,
ayuda le concede,
quiere callar limón, pero no puede.

Aquí le doy, para que cante fino,
corazón de lechuga
—¡qué ensalada! de alpiste, troncho y trino.
Y mientras tanto arruga
la frente al fruto tanta luz verduga.

Cigarra excesiva

Se hizo verbo la luz, música danza
y encalabrinadora.
Irrumpiendo en estados de bonanza,
la soledad, sonora
torna tempestuosamente ahora.

Producto del solsticio de verano,
su ronca voz serena,
propone amor, su arrullo a lo aeroplano
muelles pide en la arena,
tan tórtola solar, como sirena.

Barítona ignición del mediodía
siempre en la misma nota;
sonámbula de sol, su vida guía
hasta que muerte explota,
de la monotonía galeota.

El sol irrita, excita su prurito,
lo ahínca, lo acomete,
de cantar: sin quebrar en gorgorito,
ruy-señor de falsete.
Sino de luz, destino de cohete.

Como aquellos de pólvora destellos,
fugas artificiales,
mas sin el trueno natural de ellos,
pompa de sus finales,
oculta en su canción todos sus males.

Canta y canta, tan loca de su canto,
pájaro sur, tan fuerte,
cisne breve de cólera y de amianto,
que —¡qué embriaguez!— no advierte
que el réquiem es su canto de su muerte.

Prometea de agosto, encadenada
al eslabón, y chino,
si verde, del nopal. Lengua y alada
del fuego más divino
en la frente apostólica del pino.

Enviada del sol, ascua mesías,
a predicar calores,
uvas —flagrantes— eras, mediodías,
con ritmos promotores
de indolencia. Compás de surtidores.

Cantar, cantar, motor yo del estío,
joh diaria locura!
Interrumpir silencios con mi brío,
con mi canción segura
dejarme oír de ¡todo! en la espesura.

Sentir mi resplandor contra la rama,
latir sobre su aroma,
o pulso o corazón, o espiga o llama.
Ser del sol, su idioma,
su Espíritu Sagrado, su Paloma.

Temblar, arder de música excesiva,
fragor que turba y quema.
Morir de tan ardiente muerte viva,
yo, mi mejor poema,
su convulsión captando entre mi yema.

Invierno puro

(Diciembre)

Ya verdeció en el surco el pan temprano,
que el labrador sembró sobre Castilla
con un vuelo gracioso de su mano.

Su condición de débil y amarilla
ya suele revelar el pan tardío,
el perfil superado de la arcilla.

Tienta a las lluvias el campo al tiempo umbrío,
que en la tentación cae copiosamente
doloroso y cruel de puro frío.

¡Oh, qué puro dolor para mi frente,
harta ¡tanto! del fuego sanjanuero
que me hacía pecar a lo frecuente!

Frío, fríos, refríos fríos quiero:
dolor, helor, temblor, ¡ay! solicito
temblar, cuerda templada por enero,

mano de Dios... Santelmo, oye mi grito;
a ti, patrón del aire, te lo cuento:
viento que mandes, viento que te admito.

¡Ay, promotor del estremecimiento!:
¡Ay viento - viento de por la mañana,
viento de por la tarde!: ¡ay viento - viento!

Me da el viento, Señor, me da una gana
el viento de volar, de hacerme ave
de lo más viva, de lo más lejana...

Me toma un viento lento, un viento suave,
y ¡ay! me deja en el sitio en que me toma
por demasiado pecador y grave.

Ya el castillo del árbol se desploma
poco a poco, hoja a hoja, nido a nido,
y el esqueleto vegetal asoma.

¡Qué mondez! Lo engañoso derretido,
ya triunfa la verdad, vástago eterno,
la savia muerta y el vigor caído.

A la hoja mujeril, varón invierno
persuadió a descender de su eminencia
con un aire insistente y boquitierno...

Opuso aquélla alguna resistencia,
pero, mujer al fin, cayó en el vuelo
de una serena luz sin competencia.

Anda el alma en un hilo de desvelo
por esta luz vacante en tanta hora,
pasturando corneta, frío y cielo.

(Enero)

¡Con qué gracia va la esquiadora,
angélica y montés, por una nieve
surcada como tierra labradora!

¡Con qué velocidad! ¿Cómo se atreve
a tanto un pie que, si no miente, pesa?
¿Es que la gravedad se ha vuelto leve?

Saltea, baja, sube y sube: cesa
de saltar, subir, bajar, y manda,
sobre la pechiabierta paz montesa,

su ímpetu, su cuerpo, su volanda,
a un vacío, a un sinfín, a un salto, a un viento
que le pone de punta la bufanda.

Un exquisito verde ceniciento
y un delicado blanco casi oscuro
componen los azules del momento.

¡Qué puro que no soy, ¡ay Dios!, qué puro
que ni fui ni seré, ¡ay!, ser quisiera,
y qué poco lo quiero y lo procuro!

Vendrá otra vez —¡que voy!— la Primavera
a darnos un pecado en una rosa,
y al cabo de su sol seré yo cera.

La alegría del frío dolorosa
se volverá tristeza... —¡qué alegría!—
a formular mi pensamiento osa.

Este afán de pureza, esta osadía
de querer levantarme, y esta gana,
se tornará terrena cobardía.

Mi ilustre soledad de esquila y lana
de hoy, ha de hacer viciosas amistades
con el higo, la pruna y la manzana.

¡Adiós, secreto de mis soledades!
¡Adiós, mi voluntad y continencia!
¡Adiós, Miguel el de las tempestades

con tu carne, tu alma y tu conciencia!
Evitaré, Señor, tu azul persona,
que dolencia quitó quien puso ausencia.

(Febrero)

Ya lo puro se ablanda y desmorona,
y... ¡silencio!... ¿Es espíritu callado?
¿Es Dios? Sí. La Verdad no es respondona.

El vidrio, el sol, aquel verde sembrado,
ante la luz, de trigo transparente,
y la Verdad, no tienen más que un lado:

El silencio de Dios, más elocuente
que todo el idioma con que doro
tanta verdad como mi lengua miente.

Hablar: ¡hablar!... ¡Qué condición de loro!
Callaré un poco y miraré la altura,
a ver si en el silencio —¡chis!— mejoro

de condición, de estado, de criatura.

Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo

Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,
nacida ya para el marero oficio;
ser graciosa y morena tu ejercicio
y tu virtud más ejemplar ser cielo.

¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,
dando del viento claro un negro indicio,
enmienda de marfil y de artificio
ser de tu capilar borrasca anhelo.

No tienes más quehacer que ser hermosa,
ni tengo más festejo que mirarte,
alrededor girando de tu esfera.

Satélite de ti, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte.
—¡Date presa de amor, mi carcelera!

Del ay al ay por el ay

Hijo soy del ay, mi hijo,
hijo de su padre amargo.
En un ay fui concebido
y en un ay fui engendrado.
Dolor de macho y de hembra
frente al uno el otro: ambos.
En un ay puse a mi madre
el vientre disparatado:
iba la pobre —¡ay, qué peso!—
con mi bulto suspirando.
—¡Ay, que voy a malparir!
¡Ay, que voy a malograrlo!
¡Ay, que me apetece esto!
¡Ay, que aquello será malo!
¡Ay, que me duele la madre!
¡Ay, que no puedo llevarlo!
¡Ay, que se me rompe él dentro,
ay, que él afuera! ¡Ay, que paro!
En un ay nací: en un ay
y en un ay, ¡ay!, fui criado.
—¡Ay, que me arranca los pechos
a pellizcos y a bocados!
¡Ay, que me deja sin sangre!
¡Ay, que me quiebra los brazos!
¡Ay, que mi amor y mi vida
se quedan sin leche, exhaustos!
¡Ay, que enferma! ¡Ay, que suspira!
¡Ay, que me sale contrario!
Del ay al ay, por el ay,
a un ay eterno he llegado.

Vivo en un *ay*, y en un *ay*
moriré cuando haga caso
de la tierra que me lleva
del *ay* al *ay* trasladado.
¡Ay!, dirá, solo, mi huerto;
¡ay!, llorarán mis hermanos;
¡ay!, gritarán mis amigos,
y ¡ay!, también, cortado, el árbol
que ha de remitir mi caja,
ya tal vez sobre lo alto,
ya tal vez bajo los filos
del hacha fiera en la mano.
El mundo me duele: ¡ay!
Me duele el vicio, y me paso
las horas de la virtud
con un *ay* entre los labios.
¡Ay, qué angustia! ¡Ay, qué dolor
de cielos, mares y campos;
de flores, montes y nieves;
de ríos, voces y pájaros!
Por palicos y cañicas
¡ay!, me veo sustentado.
El lino no me hace señas
¡ay!, con pañuelito cano.
Las pitas no me defienden,
con sus espadones áridos,
del demonio. Las palmeras
no me quieren hacer alto
por más que viva a la sombra
de estrella de sus palacios.
No me pone la naranja
el ojo redondo y claro,
ni con sus luces porosas
el limón al gusto amargo.
Y ¡adiós!, el aire me dice
cuando pasa por mi lado.

La inmovilidad del monte
no lleva mi sangre al paro,
ni hacia los cielos me tiran
honda ruda y puro raso,
y tengo la carne siempre
pechiabierta a los pecados.
Sucias rachas tumban todas
las cometas que levanto,
y todos los ruy-señores
esquivos y solitarios
se burlan de ver mis sitios
malamente acompañados.
¡Ay!, todo me duele: todo:
¡ay!, lo divino y lo humano.
Silbo para consolar
mi dolor a lo canario,
y a lo ruy-señor, y el silbo,
¡ay!, me sale vulnerado.

Dolencias altísimas

¡Qué penas tan ilustres son las penas
que se padecen en la serranía!
¡Qué luminosas penas en la fría
culminación de piedra, y qué serenas!

Desatan los suspiros sus melenas
celestemente en la garganta umbría,
y la tristeza y la melancolía
¡qué elevadas resultan y qué apenas!

Alto duele el dolor, pero ¡qué alto!
suelto sufre el amor, pero ¡quéuelto!
pero ¡qué dilatado y qué tranquilo!

De mí sobrante, amor, y de ti falto,
peno y suspiro azul, solo y esbelto,
hasta que en tu sonrisa me destilo.

* En otra copia del soneto, esta última palabra es amenas.

El silbo de la llaga perfecta

Ábreme, amor, la puerta
de la llaga perfecta.

Abre, Amor mío, abre
la puerta de mi sangre.

Abre, para que salgan
todas las malas ansias.

Abre, para que huyan
las intenciones turbias.

Abre, para que sean
fuentes puras mis venas,

mis manos cardos mondos,
pozos quietos mis ojos.

Abre, que viene el aire
de tu palabra... ¡abre!

Abre, Amor, que ya entra...

¡Ay!

Que no se salga... ¡Cierra!

El silbo del dale

Dale al aspa, molino,
hasta nevar el trigo.

Dale a la piedra, agua,
hasta ponerla mansa.

Dale al molino, aire,
hasta lo inacabable.

Dale al aire, cabrero,
hasta que silbe tierno.

Dale al cabrero, monte,
hasta dejarle inmóvil.

Dale al monte, lucero,
Hasta que se haga cielo.

Dale, Dios, a mi alma
hasta perfeccionarla.

Dale que dale, dale
molino, piedra, aire,

cabrero, monte, astro,
dale que dale largo.

Dale que dale, Dios,

¡ay!

Hasta la perfección.

El silbo de la sequía

*«... y tus cuerpos inermes de locura
por la excesiva lumbre perseguidos.»*

Luis Felipe Vivanco

¡Ay, sequía, sequía!
¡Bien que me lo decía el almanaque,
y yo no lo creía!

Dan ganas de llorar ver este mundo
sin un valle, ni un monte ni una orilla
donde el rebaño pueda abrir la boca.
Desertan los pastores a la muerte
hartos de ver hambrientos sus corderos.
No hay señales de hierba en ningún lado.

¡Ay, el cielo está ausente de los campos!
Falta Dios, el Amor, la Gracia, el Agua:
falta a la madre tierra el padre cielo.

Se desespera el grano bajo el surco
esperando los toques de la lluvia.

Las raíces se abisman persiguiendo
la más honda humedad evaporada.
Le duelen a la tierra los arados
y el pan que le entrometen,
al monte tanta luz y tanta altura.

No se ve una sonrisa de frescura
en medio mundo, un símbolo del agua:
una lombriz, un junco ni una caña.

¡Ay, sequía, sequía,
de noche, de mañana y todo el día!

Se retuercen las venas los viñedos.
Arden solos los cardos y las zarzas.
Bajan las campesinas a la fuente,
y por más que le escarban el origen
de qué fuente haya sido no le encuentran
ni una pizca de seña y de motivo:
y sólo traen temblando en sus cabezas
de cántaro una lágrima.

Se calcinan las frondas y los pájaros,
se momifican píos, hojas, aires.

Da el tacto de la piedra calentura
y arañan sus aristas como espinas.
Las cántaras no cantan como tórtolas
ni sudan como cuerpos agitados.
Ocioso de hace tiempo, se ahorca el cubo,
desesperado, al pie de la polea.
Adelgazan y crujen las tinajas,
palmeras degolladas, todas talle.
Se hacen pedestres sapos y ranuecos.
La creación es de cal y espartos secos.

¡Ay, sequía, sequía,
que dejas clara la más densa umbría!

¡Ay, cómo agobia el mundo, todo polvo,
todo una pura llaga!:
la sed llaga rastros y barbechos,
sonrisas y gargantas.
La sed ahonda a los pozos la pupila,
la sed vacía y deja
ciega y monda la cuenca a la cisterna.

Ávida va la sed devoradora
por los alrededores
del sol buscando ríos y aguadores.

Apenas cae ya es fósil el boñigo.
Crían polvo las lenguas agostadas,
y como nadie prueba el agua dulce
nadie mea ni suda.

No dan leche ni cabras ni corderas,
y lo que paren muere desmayado.
Se diseca la miel en los panales
y vagan sordomudas las abejas
sin flores que ponerse por bonetes.

¡Qué desolado cosechón de nada!
¡Qué mundo cabizbajo y cejijunto!
¡Qué dureza de espacio, Señor mío!

Una inmensa mirada espectadora,
se dilatan los campos hasta el cielo.

Viene una nube y abre una esperanza
entre los corazones cereales;
pero su sombra, o pasa o se diluye,
y la esperanza pasa al desconsuelo.

¡Ay, sequía, sequía,
que toda la creación haces baldía!

¡Con cuánta angustia claman los barrancos
difíciles de piedra rumorosa,
las laderas de gleba,
por el agua, sedientos!

Las jaras, los romeros, los hinojos
mueren por sumergirse

en trémulas penumbras subterráneas
de aljibes y de pozos.

¡Bien quisieran los cuerpos
ser raíces de junto a un río eterno!

¡Cómo desea todo
inundaciones bárbaras,
explosiones de ríos y torrentes,
un gran traslimitarse de corrientes
saliéndose coléricas de madre:
el bíblico diluvio universal!

¡Agua, para la tierra!, todo implora.
Se arrodilla la paz de las besanas.

En todas las orejas hace un ruido
de retumbos de acequias y tejados
llovidos dulcemente a medianoche,
y un aroma de tierra bajo un riego
profundo hinche los hoyos del olfato.

No suspiran las norias hortelanas
con sus ruedas de frescos y relumbres,
ni retumba el azarbe que rebosa.
Más lamentables que los nos secos,
los ruy-señores van de jaula en jaula
pidiendo la prisión a tristes voces.

Ni ganas de parir tienen las vacas,
ni de montar los gallos las esposas,
ni de agraciarse el gesto las mujeres.

Una gota de escarcha
cobra las proporciones de un Océano
a los ojos del campo deseoso.

¡Agua para la tierra!, todo clama,
y, ceñudo, el Señor no la derrama.

¡Ay, sequía, sequía,
ni corre un río ni una madre cría!

Llorad, llorad: lloremos,
hermanos de la tierra,
a ver si nuestro llanto apiada al cielo.
Llorad, llorad: lloremos
sobre el inacabable surco abierto
y ante el monte de piedra inacabable,
a ver si redimimos las espigas,
los rebaños, las aves y las hierbas.

Hasta que Dios nos considere dignos
de la lluvia hilo a hilo caudalosa,
es cuestión de llorar amargamente.
Aunque cada sembrado, cumbre, piedra,
en un plantel de amargos limoneros
se quede convertido.

Hasta que el mundo eche, como el álamo,
olor a día festivo,
es cuestión de llorar amargamente.

El agua eleva lo que el sol inclina.

¡Ay, llueve, amor, sobre mi vida secal:
¿o a qué verde ventana
de qué espejo de alberca y balsa inmóvil
me asomaré a mirarte?
¡Ay, que me agostaré sin tu amorosa
palma de agua en mi cántara de barro!

El silbo de afirmación en la aldea

Alto soy de mirar a las palmeras,
rudo de convivir con las montañas...
Yo me vi bajo y blando en las aceras
de una ciudad espléndida de arañas.
Difíciles barrancos de escaleras,
calladas cataratas de ascensores,
¡qué impresión de vacío!,
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río.

Yo vi lo más notable de lo mío
llevado del demonio, y Dios ausente.
Yo te tuve en el lejos del olvido,
aldea, huerto, fuente
en que me vi al descuido:
huerto, donde me hallé la mejor vida,
aldea, donde al aire y libremente,
en una paz larga y tendida.
Pero volví en seguida
mi atención a las puras existencias
de mi retiro hacia mi ausencia atento,
y todas sus ausencias
me llenaron de luz el pensamiento.

Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!,
vacilando en la cera de los pisos,
con un temor continuo, un sobresalto,
que aumentaban los timbres, los avisos,
las alarmas, los hombres y el asfalto.
¡Alto!, ¡Alto!, ¡Alto!, ¡Alto!

¡Orden! ¡Orden! ¡Qué altiva
imposición del orden una mano,
un color, un sonido!
Mi cualidad visiva,
¡ay!, perdía el sentido.

Topado por mil senos, embestido
por más de mil peligros, tentaciones,
mecánicas jaurías,
me seguían lujurias y claxones,
deseos y tranvías.

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,
exageradamente pecadores!
¡Cuánto vocabulario de cristales,
al frenesí llevando los colores
en una pugna, en una competencia
de originalidad y de excelencia!
¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles!
¡Gran ciudad!: ¡Gran demontre!: ¡Gran puñeta!:
¡y su desequilibrio en bicicleta!

Los vicios desdentados, las ancianas
echándose en las camas rosicleres,
infamia de las canas,
y aun buscando sin tuétano placeres.

Árboles, como locos, enjaulados:
alamedas, jardines
para destuetanarse el mundo; y lados
de creación ultrajada por orines.

Huele el macho a jazmines,
y menos lo que es todo parece,
la hembra oliendo a cuadra y podredumbre.
¡Ay, cómo empequeñece
andar metido en esta muchedumbre!

¡Ay!, ¿dónde está mi cumbre,
mi pureza, y el valle del sesteo
de mi ganado aquel y su pastura?

Y miro, y sólo veo
velocidad de vicio y de locura.
Todo eléctrico: todo de momento.
Nada serenidad, paz recogida.
Eléctrica la luz, la voz, el viento,
y eléctrica la vida.

Todo electricidad, todo presteza
eléctrica: la flor y la sonrisa,
el orden, la belleza,
la canción y la prisa.
Nada es por voluntad de ser, por gana,
por vocación de ser. ¿Qué hacéis las cosas
de Dios aquí: la nube, la manzana,
el borrico, las piedras y las rosas?

¡Rascacielos!: ¡qué risa!: ¡Rascaleches!
¡Qué presunción los manda hasta el retiro
de Dios! ¿Cuándo será, Señor, que echéis
tanta soberbia abajo de un suspiro?

¡Ascensores!, ¡qué rabia! A ver, ¿cuál sube
a la talla de un monte y sobrepasa
el perfil de una nube,
o el cardo, que, de místico, se abrasa
en la serrana gracia de la altura?

¡Metro!, ¡qué noche oscura
para el suicidio del que desespera!:
¡qué subterránea y vasta gusanera,
donde se cata y zumba
la labor y el secreto de la tumba!

¡Asfalto!: ¡qué impiedad para mi planta!
¡Ay, qué de menos echa
d tacto de mi pie mundos de arcilla
cuyo contacto imanta,
paisajes de cosecha,
caricias y tropiezos de semilla!

¡Ay, no encuentro, no encuentro
la plenitud del mundo en este centro!
En los naranjos dulces de mi río,
asombros de oro en estas latitudes,
¡oh, ciudad, cojitranca! desvarío,
sólo abarca mi mano plenitudes.

No concuerdo con todas estas cosas
de escaparate y de bisutería:
entre sus variedades procelosas,
es la persona mía,
como el árbol, un triste anacronismo.
Y el triste de mí mismo,
sale por su alegría,
que se quedó en el mayo de mi huerto,
de este urbano bullicio
donde no estoy de mí seguro cierto,
y es pormayor la vida como el vicio.

He medio boquiabierto
la soledad cerrada de mi huerto.
He regado las plantas:
las de mis pies impuras y otras santas,
en la sequía breve de mi ausencia
por nadie reemplazada. Se derrama,
rogándome asistencia, el limonero
al suelo, ya cansino,
de tanto agrio picudo.
En el miembro desnudo de una rama,

se le ve al ave el trino
recóndito, desnudo.

Aquí la vida es pormenor: hormiga,
muerte, cariño, pena,
piedra, horizonte, río, luz, espiga,
vidrio, surco y arena.

Aquí está la basura
en las calles, y no en los corazones.
Aquí todo se sabe y se murmura:
no puede haber oculta la criatura
mala, y menos las malas intenciones.

Nace un niño, y entera
la madre a todo el mundo del contorno.
Hay pimentón tendido en la ladera,
hay pan dentro del horno,
y el olor llena el ámbito, rebasa
los límites del marco de las puertas,
penetra en toda casa
y panifica el aire de las huertas.

Con una paz de aceite derramado,
enciende el río un lado y otro lado
de su imposible, por eterna, huida.
Como una miel muy lenta destilada,
por la serenidad de su caída
sube la luz a las palmeras:
cada palmera se disputa
la soledad suprema de los vientos,
la delicada gloria de la fruta
y la supremacía
de la elegancia de los movimientos
en la más venturosa geografía.

Está el agua que trina de tan fría
en la pila y la alberca

donde aprendí a nadar. Están los pavos
la Navidad se acerca,
explotando de broma en los tapiales,
con los desplantes y los gestos bravos
y las barbas con ramos de corales.
Las venas manantiales
de mi pozo serrano
me dan, en el pozal que les envío,
pureza y lustración para la mano,
para la tierra seca, amor y frío.

Haciendo el hortelano,
hoy en este solaz de regadío
de mi huerto me quedo.
No quiero más ciudad, que me reduce
su visión, y su mundo me da miedo.

;Cómo el limón reluce
encima de mi frente y la descansa!
¡Cómo apunta en el cruce
de la luz y la tierra el libo puro!
Se combate la pita, y se remansa
el perejil en un aparte oscuro.
Hay azahar, ¡qué osadía de la nieve!
y estamos en diciembre, que, hasta enero,
a oler, lucir y porfiar se atreve
en el alrededor del limonero.

Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.

Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde, y por humilde, muda.

Y Dios dirá, que está siempre callado.

Elegía

*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se
ha quedado novia por casar la panadera
de pan más trabajado y fino, que le
han muerto la pareja del ya imposible esposo.)*

Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...
Arrímate a llorar conmigo a un tronco:

retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor como tú ahora.

Caen desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos para el trigo
sobre el invierno gris desocupado.

Arrímate, retírate conmigo:
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo.

Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores.

No tienes ya en el mundo quien te quiera,
y ya tus desventuras y las mías
no tienen compañero, compañera.

Tórtola, compañera de sus días,
que le dabas tus dedos cereales
y en su voz tu silencio entretenías.

Buscando abejas va por los panales
el silencio que ha muerto de repente
en su lengua de abejas torrenciales.

No esperes ver tu párpado caliente
ni tu cara dulcísima y morena
bajo los dos solsticios de su frente.

El moribundo rostro de tu pena
se huela y desendulza grado a grado
sin su labor de sol y de colmena.

Como una buena fiebre iba a tu lado,
como un rayo dispuesto a ser herida,
como un lirio de olor precipitado.

Y sólo queda ya de tanta vida
un cadáver de cera desmayada
y un silencio de abeja detenida.

¿Dónde tienes en esto la mirada
si no es descarriada por el suelo,
si no es por la mejilla trastornada?

Novia sin novio, novia sin consuelo,
te advierto entre barrancos y huracanes
tan extensa y tan sola como el cielo.

Corazón de relámpagos y afanes,
paginaba los libros de tus rosas,
apacentaba el hato de tus panes.

Ibas a ser la flor de las esposas,
y a pasos de relámpago tu esposo
se te va de las manos harinosas.

Échale, harina, un toro clamoroso
negro hasta cierto punto a tu menudo
vellón de lana blanco y silencioso.

A echar copos de harina yo te ayudo
y a sufrir por lo bajo, compañera,
viuda de cuerpo y de alma yo viudo.

La inaplacable muerte nos espera
como un agua incesante y malparida
a la vuelta de cada vidriera.

¡Cuántos amargos tragos es la vida!
Bebió él la muerte y tú la saboreas
y yo no saboreo otra bebida.

Retírate conmigo hasta que veas
con nuestro llanto dar las piedras grama,
abandonando el pan que pastoreas.

Levántate: te esperan tus zapatos
junto a los suyos muertos en tu cama,
y la lluviosa pena en tus retratos
desde cuyos presidios te reclama.

Mi sangre es un camino

Me empuja a martillazos y a mordiscos,
me tira con bramidos y cordeles
del corazón, del pie, de los orígenes,
me clava en la garganta garfios dulces,
erizo entre mis dedos y mis ojos,
enloquece mis uñas y mis párpados,
rodea mis palabras y mi alcoba
de hornos y herrerías,
la dirección altera de mi lengua,
y sembrando de cera su camino
hace que caiga torpe derretida.

Mujer, mira una sangre,
mira una blusa de azafrán en celo,
mira un capote líquido ciñéndose en mis huesos
como descomunales serpientes que me oprimen
acarreando angustia por mis venas.

Mira una fuente alzada de amorosos collares
y cencerros de voz atribulada
temblando de impaciencia por ocupar tu cuello,
un dictamen feroz, una sentencia,
una exigencia, una dolencia, un río
que por manifestarse se da contra las piedras,
y penden para siempre de mis
relicarios de carne desgarrada.

Mírala con sus chivos y sus toros suicidas
corneando cabestros y montañas,
rompiéndose los cuernos a topazos,

mordiéndose de rabia las orejas,
buscándose la muerte de la frente a la cola.

Manejando mi sangre, enarbolando
revoluciones de carbón y yodo,
agrupando hasta hacerse corazón,
herramientas de muerte, rayos, hachas,
y barrancos de espuma sin apoyo,
ando pidiendo un cuerpo que manchar.

Hazte cargo, hazte cargo
de una ganadería de alacranes
tan rencorosamente enamorados,
de un castigo infinito que me parió y me agobia
como un jornal cobrado en triste plomo.

La puerta de mi sangre está en la esquina
del hacha y de la piedra,
pero en ti está la entrada irremediable.

Necesito extender este imperioso reino,
prolongar a mis padres hasta la eternidad,
y tiendo hacia ti un puente de arqueados corazones
que ya se corrompieron y que aún laten.

No me pongas obstáculos que tengo que salvar,
no me siembres de cárceles,
no bastan cerraduras ni cementos,
no, a encadenar mi sangre de alquitrán inflamado
capaz de despertar calentura en la nieve.

¡Ay qué ganas de amarte contra un árbol,
ay qué afán de trillarte en una era,
ay qué dolor de verte por la espalda
y no verte la espalda contra el mundo!

Mi sangre es un camino ante el crepúsculo
de apasionado barro y charcos vaporosos
que tiene que acabar en tus entrañas,
un depósito mágico de anillos
que ajustar a tu sangre,
un sembrado de lunas eclipsadas
que han de aumentar sus calabazas íntimas,
ahogadas en un vino con canas en los labios,
al pie de tu cintura al fin sonora.

Guárdame de sus sombras que graznan fatalmente
girando en torno mío a picotazos,
girasoles de cuervos borrascosos.
No me consientas ir de sangre en sangre
como una bala loca,
no me dejes tronar solo y tendido.

Pólvora venenosa propagada,
ornado por los ojos de tristes pirotecnias,
panal horriblemente acribillado
como un mínimo rayo doliendo en cada poro,
gremio fosforescente de acechantes tarántulas
no me consientas ser. Atiende, atiende
a mi desesperado sonreír,
donde muerdo la hiel por sus raíces
por las lluviosas penas recorrido.
Recibe esta fortuna sedienta de tu boca
que para ti heredé de tanto padre.

Vecino de la muerte

Patio de vecindad que nadie alquila
igual que un pueblo de panales secos;
pintadas con recuerdos y leche las paredes
a mi ventana emiten silencios y anteojos.

Aquí dentro; aquí anduvo la muerte mi vecina
sesteando a la sombra de los sepultureros,
lamida por la lengua de un perro guarda-lápidas;
aquí, muy preservados del relente y las penas,
porfiaron los muertos con los muertos rivalizando
en huesos como en mármoles.

Oigo una voz de rostro desmayado,
unos cuervos que informan mi corazón de luto
haciéndome tragar húmedas ranas,
echándome a la cara los tornasoles trémulos
que devuelve en su espejo la inquietud.

¿Qué queda en este campo secuestrado,
en estas minas de carbón y plomo,
de tantos encerrados por riguroso orden?

No hay nada sin un monte de riqueza explotado.
Los enterrados con bastón y mitra,
los altos personajes de la muerte,
las niñas que expiraron de sed por la entrepierna
donde jamás tuvieron un arado y dos bueyes,
los duros picadores pródigos de sus músculos,
muertos con las heridas rodeadas de cuernos:
todos los destetados del aire y del amor
de un polvo huésped ahora se amamantan.

¿Y para quién están los tiernos epitafios,
las alabanzas más sañudas,
formuladas a fuerza de cincel y mentiras,
atacando el silencio natural de las piedras,
todas con menoscabos y agujeros
de ser ramoneadas con hambre y con constancia
por una amante oveja de dos labios?
¿Y este espolón constituido en gallo
irá a una sombra malgastada en mármol y ladrillo?
¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?
¿Oíré cómo murmuran de mis huesos,
me mirarán con esa mirada de tinaja vacía
que da la muerte a todo el que la trata?
¿Me asaltarán espectros en forma de coronas,
funerarios nacidos del pecado
de un cirio y una caja boquiabierta?

Yo no quiero agregar pechuga al polvo:
me niego a su destino: ser echado a un rincón.
Prefiero que me coman los lobos y los perros,
que mis huesos actúen como estacas
para atar cerdos o picar espartos.

El polvo es paz que llega con su bandera blanca
sobre los ataúdes y las casas caídas,
pero bajo los pliegues un colmillo
de rabioso marfil contaminado
nos sigue a todas partes, nos vigila,
y apenas nos paramos nos incienso de siglos,
nos reduce a cornisas y a santos arrumbados.

Y es que el polvo no es tierra.
La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo,
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente.

Mi cuerpo pide el hoyo que promete la tierra,
el hoyo desde el cual daré mis privilegios de león y nitrato
a todas las raíces que me tiendan sus trenzas.

Guárdate de que el polvo coloque dulcemente
su secular paloma en tu cabeza,
de que incube sus huevos en tus labios,
de que anide cayéndose en tus ojos,
de que habite tranquilo en tu vestido,
de aceptar sus herencias de notarios y templos.

Úsate en contra suya,
defiéndete de su callado ataque,
asústalo con besos y caricias,
ahuyéntalos con saltos y canciones,
mátalo rociándolo de vino, amor y sangre.

En esta gran bodega donde fermenta el polvo,
donde es inútil injerir sonrisas,
pido ser cuando quieto lo que no soy movido:
un vegetal, sin ojos ni problemas;
cuajar, cuajar en algo más que en polvo,
como el sueño en estatua derribada;
que mis zapatos últimos demuestren ser cortezas,
que me produzcan cuarzos en mi encantada boca,
que se apoyen en mí sembrados y viñedos,
que me dediquen mosto las cepas por su origen.

Aquel barbecho lleno de inagotables besos,
aquella cesta de uvas quiero tener encima
cuando descansen al fin de esta faena
de dar conversaciones, abrazos y pesares,
de cultivar cabellos, arrugas y esperanzas,
y de sentir un beso sobre cada deseo.

No quiero que me entierren donde me han de enterrar.
Haré un hoyo en el campo y esperaré a que venga
la muerte en dirección a mi garganta
con un cuerno, un tintero, un monaguillo
y un collar de cencerros castrados en la lengua,
para echarme puñados de mi especie.

Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre

Tu padre el mar te condenó a la tierra
dándote un asesino manotazo
que hizo llorar a los corales sangre.

Las afectuosas arenas de pana torturada,
siempre con sed y siempre silenciosas,
recibieron tu cuerpo con la herencia
de otro mar borrascoso dentro del corazón,
al mismo tiempo que una flor de conchas
deshojada de párpados y arrugada de siglos,
que hasta el nácar se arruga con el tiempo.
Lo primero que hiciste fue llorar en la costa,
donde soplando el agua hasta volverla iris polvoriento
tu padre se quedó despedazando su colérico amor
entre desesperados pataleos.

Abrupto amor del mar, que abruptas penas
provocó con su acción huracanada.
¿Dónde ir con tu sangre de mar exasperado,
con tu acento de mar y tu revuelta lengua clamorosa
de mar cuya ternura no comprenden las piedras?
¿Dónde?... Y fuiste a la tierra.

... Y las vacas sonaron su caracol abundante
pariendo con los cuernos clavados en los estercoleros.
Las colinas, los pechos femeninos
y algunos corazones solitarios
se hicieron emisarios de las islas.
La sandía, tronando de alegría,
se abrió en múltiples cráteres

de abotonado hielo ensangrentado.
Y los melones, mezcla
de arrope asible y nieve atemperada,
a dulces cabezadas se toparon.

Pero aquí, en este mundo que se resuelve en hoyos,
donde la sangre ha de contarse por parejas,
las pupilas por cuatro y el deseo por millares,
¿qué puede hacer tu sangre,
el castigo mayor que tu padre te impuso,
qué puede hacer tu corazón, engendro
de una ola y un sol tumultuosos?
Tiznarte y más tiznarte con las cejas
y las miradas negras de las demás criaturas,
llevarte de huracán en huracanes
mordiéndote los codos de cólera amorosa.

Labranzas, siembras, podas
y las demás fatigas de la tierra;
serpientes que preparan una piel anual,
nardos que dan las gracias oliendo a quien los cuida,
selvas con animales de rizado marfil
que anudan su deseo por varios días,
tan diferentemente de los chivos
cuyo amor es ejemplo de relámpagos,
toros de corazón tan dilatado
que pueden refugiar un picador desperezándose;
piedras, Vicente, piedras, hasta rebeldes piedras
que sólo el sol de agosto logra hacer corazones,
hasta inhumanas piedras
te llevan al olvido de tu nación: la espuma.

Pero la cicatriz más dura y vieja
reverdece en herida al menor golpe.
La sal, la ardiente sal que presa en el salero
hace memoria de su vida de pájaro y columpio,

llegando a casi líquida y azul en los días más húmedos;
solo la sal, la siempre constelada,
te acuerda que naciste en un lecho de algas, marinero
¡oh tú el más combatido por la tierra,
oh tú el más rodeado de erizados rastros!,
cuando toca tu lengua su astral polen.

Te recorre el océano los huesos
relampagueando perdurablemente,
tu corazón se enjoya con peces y naufragios,
y con coral, retrato del esqueleto de tu corazón,
y el agua en plenilunio con alma de tronada
te sube por la sangre a la cabeza como un vino con alas
y desemboca, ya serena, por tus ojos.

Tu padre el mar te busca arrepentido
de haberte desterrado de su flotante corazón crispado,
el más hermoso imperio de la luna,
cada vez más amargo.

Un día ha de venir detrás de cualquier río
de esos que lo combaten insuficientemente,
arrebataando huevos a las águilas
y azúcar al panal que volverá salobre,
a destilar desde tu boca atribulada
hasta tu pecho, ciudad de las estrellas.
Y al fin serás objeto de esa espuma
que tanto te lastima idolatrarla.

Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda

Para cantar ¡qué rama terminante,
qué espejo aparte de escogida selva,
qué nido de botellas, pez y mimbres,
con qué sensibles ecos, la taberna!

Hay un rumor de fuente vigorosa
que yo me sé, que tú, sin un secreto,
con espumas creadas por los vasos
y el ansia de brotar y prodigarse.

En este aquí más íntimo que un alma,
más cárdeno que un beso del invierno,
con vocación de púrpura y sagrario,
en este aquí te cito y te congreso,
de este aquí deleitoso te rodeo.

De corazón cargado, no de espaldas,
con una comitiva de sonrisas
llegas entre apariencias de océano
que ha perdido las olas y sus peces
a fuerza de entregarlos a la red y a la playa.

Con la boca cubierta de raíces
que se adhieren al beso como ciempieses fieros,
pasas ante paredes que chorrean
capas de cardenales y arzobispos,
y mieras, arropías, humedades
que solicitan tu asistencia de árbol
para darte el valor de la dulzura.

Yo que he tenido siempre dos orígenes,
un antes de la leche en mi cabeza
y un presente de ubres en mis manos;
yo que llevo cubierta de montes la memoria
y de tierra vinícola la cara,
esta cara de surco articulado;
yo que quisiera siempre, siempre, siempre,
habitar donde habitan los collares;
en un fondo de mar o en un cuello de hembra,
oigo tu voz, tu propia caracola,
tu cencerro dispuesto a ser guitarra,
tu trompa de novillo destetado,
tu cuerno de sollozo invariable.

Viene a tu voz el vino episcopal,
alhaja de los besos y los vasos
informado de risas y solsticios,
y malogrando llantos y suicidios,
moviendo un rabo lleno de rubor y relámpagos,
nos relame, muy bueno, nos circunda
de lenguas tintas, de efusivo oriámbar,
barriles, cubas, cántaros, tinajas,
caracolas crecidas de cadera
sensibles a la música y al golpe,
y una líquida pólvora nos alumbra y nos mora,
y entonces le decimos al ruiñeñor que beba
y su lengua será más fervorosa.

Órganos liquidados, tórtolas y calandrias
exprimidas y labios desjugados;
imperios de granadas informales,
toros, sexos y esquilas derretidas,
desembocan templando en nuestros dientes
e incorporan sus altos privilegios
con toda propiedad a nuestra sangre.

De nuestra sangre ahora surten crestas,
espolones, cerezas y amarantos;
nuestra sangre de sol sobre la trilla
vibra martillos, alimenta fraguas,
besos inculca, fríos aniquila,
ríos por desbravar, potros exprime
y expira por los ojos, los dedos y las piernas
toradas desmandadas, chivos locos.

Corros en ascuas de irritadas siestas,
cuando todo tumbado es tregua y horizonte
menos la sangre siempre esbelta y laboriosa,
nos introducen en su atmósfera agrícola:
racimos asaltados por avispas coléricas
y abejorros tañidos, racimos revolcados
en esas delicadas polvaredas
que hacen en su alboroto mariposas y lunas;
culebras que se elevan y silban sometidas
a un régimen de luz dictatorial;
chicharras que conceden por sus élitros
aeroplanos, torrentes, cuchillosafilándose,
chicharras que anticipan la madurez del higo,
libran cohetes, elaboran sueños,
trenzas de esparto, flechas de insistencia
y un diluvio de furia universal.

Yo te veo entre vinos minerales
resucitando condes, desenterrando amadas,
recomendando al sueño pellejos cabeceros,
recomendables ubres múltiples de pezones,
con una sencillez de bueyes que seestean.
Cantas, sangras y cantas; te pones a sangrar
y no son suficientes tus heridas
ni el vientre todo tallo donde tu sangre cuaja.
Cantas, sangras y cantas.

Sangras y te ensimismas
como un cordero cuando pace o sueña.
Y miras más allá de los allases
con las venas cargadas de mujeres y barcos,
mostrando en cada parte de tus miembros
la bipartita huella de una boca,
la más dulce pezuña que ha pisado,
mientras estás sangrando al compás de los grifos.

A la vuelta de ti, mientras cantas y estragas
como una catarata que ha pasado
por entrañas de aceros y mercurios,
en tanto que demuestras desangrándote
lo puro que es soltar las riendas a las venas,
y veo entre nosotros coincidencias de barro,
referencias de ríos que dan vértigo y miedo
porque son destructoras, casi rayos,
sus corrientes que todo lo arrebatan;
a la vuelta de ti, a la del vino,
millones de rebeldes al vino y a la sangre
que miran boquiamargos, cejiserios,
se van del sexo al cielo, santos tristes,
negándole a las venas y a las viñas
su desembocadura natural;
la entrepierna, la boca, la canción,
cuando la vida pasa con las tetas al aire.

Alrededor de ti y el vino, Pablo,
todo es chicharra loca de frotarse,
de darse a la canción y a los solsticios
hasta callar de pronto hecha pedazos,
besos de pura cepa, brazos que han comprendido
su destino de anillo, de pulsera: abrazar.

Luego te callas, pasas con tu gesto de hondero
que ha librado la piedra y la ha dejado
cuajada en un lucero persuasivo;
y vendimiando inconsolables lluvias,
procurando alegría y equilibrio,
te encomiendas al alba y las esquinas
donde describes letras y serpientes
con tu palma de orín inacabable,
te arrancas las raíces que te nacen
en todo lo que tocas y contemplas
y sales a una tierra bajo la cual existen
yacimientos de cuernos, toreros y tricornos.

Me sobra el corazón*

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.

Hoy reverdece aquella espina seca,
hoy es día de llantos de mi reino,
hoy descarga en mi pecho el desaliento
plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas,
y recuerdo aquel hacha compañera,
y pienso en los más altos campanarios
para un salto mortal serenamente.

* En este poema puede apreciarse con mucha claridad la relación entre la poesía de Hernández y la de Vallejo:

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo / Hoy estoy para penas solamente /
Hoy no tengo amistad / Hoy sólo tengo ansias /
De arrancarme de cuajo el corazón / Y ponerlo debajo de un zapato.

Lo vallejiano se delata aquí en el contraste entre «corazón» como órgano depositario de los sentimientos más nobles del hombre, con todas sus connotaciones líricas y sublimes, y «zapato», como un objeto —por decirlo así— pedestre y antilírico.

Vallejiano resulta también el sintagma: «Hoy estoy sin saber yo no sé cómo» y «Hoy estoy para penas solamente», por lo inusual de su sintaxis y por su dicción tan cercana al habla.

Si no fuera ¿por qué?... no sé por qué,
mi corazón escribiría una postrera carta,
una carta que llevo allí metida,
haría un tintero de mi corazón,
una fuente de sílabas, de adioses y relatos,
y ahí te quedas, al mundo le diría.

Yo nací en mala luna.
Tengo la pena de una sola pena
que vale más que toda la alegría.

Un amor me ha dejado con los brazos caídos
y no puedo tenderlos hacia más.
¿No veis mi boca qué desengañada,
qué inconformes mis ojos?

Cuanto más me contemplo más me aflijo:
cortar este dolor ¿con qué tijeras?

Ayer, mañana, hoy
padeciendo por todo
mi corazón, pecera melancólica,
penal de ruseñores moribundos.

Me sobra el corazón.

Hoy descorazonarme,
yo el más corazonado de los hombres,
y por el más, también el más amargo.

No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdono la vida cada día.

Hijo de la luz y de la sombra

I (Hijo de la sombra)

Eres la noche, esposa: la noche en el instante
mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Forjado por el día, mi corazón que quema
lleva su gran pisada de sol adonde quieres,
con un solar impulso, con una luz suprema,
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su avaricioso anhelo de imán y poderío.
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.
Como una tempestad de enloquecidos lechos,
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

La noche se ha encendido como una sorda hoguera
de llamas minerales y oscuras embestidas.
Y alrededor la sombra late como si fuera
las almas de los pozos y el vino difundidas.

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,
la visible ceguera puesta sobre quien ama;

ya provoca el abrazo cerrado, ciegamente,
ya recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,
besos que la constelen de relámpagos largos,
bocas embravecidas, batidas, que atenacen,
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

El hijo está en la sombra que acumula luceros,
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.
Brotan de sus perezas y de sus agujeros,
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surtido,
y a su origen infunden los astros una siembra,
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,
tendiendo está la sombra su constelada umbría,
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

II (Hijo de la luz)

Tú eres el alba, esposa: la principal penumbra,
recibes entornadas las horas de tu frente.
Decidido al fulgor, pero entornado, alumbrar tu cuerpo.
Tus entrañas forjan el sol naciente.

Centro de claridades, la gran hora te espera
en el umbral de un fuego que el fuego mismo abrasa:
te espero yo, inclinado como el trigo a la era,
colocando en el centro de la luz nuestra casa.

La noche desprendida de los pozos oscuros,
se sumerge en los pozos donde ha echado raíces.
Y tú te abres al parto luminoso, entre muros
que se rasgan contigo como pétreas matrices.

La gran hora del parto, la más rotunda hora:
estallan los relojes sintiendo tu alarido,
se abren todas las puertas del mundo, de la aurora,
y el sol nace en tu vientre donde encontró su nido.

El hijo fue primero sombra y ropa cosida
por tu corazón hondo desde tus hondas manos.
Con sombras y con ropas anticipó su vida,
con sombras y con ropas de gérmenes humanos.

Las sombras y las ropas sin población, desiertas,
se han poblado de un niño sonoro, un movimiento,
que en nuestra casa pone de par en par las puertas,
y ocupa en ella a gritos el luminoso asiento.

¡Ay, la vida: qué hermoso penar tan moribundo!
Sombras y ropas trajo la del hijo que nombras.
Sombras y ropas llevan los hombres por el mundo.
Y todos dejan siempre sombras: ropas y sombras.

Hijo del alba eres, hijo del mediodía.
Y ha de quedar de ti luces en todo impuestas,
mientras tu madre y yo vamos a la agonía,
dormidos y despiertos con el amor a cuestas.

Hablo y el corazón me sale en el aliento.
Si no hablara lo mucho que quiero me ahogaría.
Con espliego y resinas perfume tu aposento.
Tú eres el alba, esposa. Yo soy el mediodía.

III (Hijo de la luz y de la sombra)

Tejidos en el alba, grabados, dos panales
no pueden detener la miel en los pezones.
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,
luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Se han desbordado, esposa, lunarmente tus venas,
hasta inundar la casa que tu sabor rezuma.
Y es como si brotaras de un pueblo de colmenas,
tú toda una colmena de leche con espuma.

Es como si tu sangre fuera dulzura toda,
laboriosas abejas filtradas por tus poros.
Oigo un clamor de leche, de inundación,
de boda junto a ti, recorrida por caudales sonoros.

Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro.
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,
verían qué grabada llevo allí tu figura.

Para siempre fundidos en el hijo quedamos:
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces,
en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,
en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Los muertos, con un fuego congelado que abrasa,
laten junto a los vivos de una manera terca.

Viene a ocupar el hijo los campos y la casa
que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca.

Haremos de este hijo generador sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva:
donde sienten su alma las manos y el aliento
las hélices circulen, la agricultura viva.

Él hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,
que de nuestras dos bocas hará una sola espada
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.

No te quiero a ti sola: te quiero en tu ascendencia
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.
Porque la especie humana me han dado por herencia
la familia del hijo será la especie humana.

Con el amor auestas, dormidos y despiertos,
seguiremos besándonos en el hijo profundo.
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,
se besan los primeros pobladores del mundo.

(1938)

Yo no quiero más luz
que tu cuerpo ante el mío

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:
claridad absoluta, transparencia redonda.
Limpidez cuya entraña, como el fondo del río,
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda.

¿Qué lucientes materias duraderas te han hecho,
corazón de alborada, carnación matutina?
Yo no quiero más día que el que exhala tu pecho.
Tu sangre es la mañana que jamás se termina.

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso.
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Claridad sin posible declinar. Suma esencia
del fulgor que ni cede ni abandona la cumbre.
Juventud. Limpidez. Claridad. Transparencia
acercando los astros más lejanos de lumbre.

Claro cuerpo moreno de calor fecundante.
Hierba negra el origen; hierba negra las sienes.
Trago negro los ojos, la mirada distante.
Día azul. Noche clara. Sombra clara que vienes.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada
donde brotan anillos de una hierba sombría.
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,
para siempre es de noche: para siempre es de día.

A mi hijo

Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,
abiertos ante el cielo como dos golondrinas:
su color coronado de junios, ya es rocío
alejándose a ciertas regiones matutinas.

Hoy, que es un día como bajo la tierra, oscuro,
como bajo la tierra, lluvioso, despoblado,
con la humedad sin sol de mi cuerpo futuro,
como bajo la tierra quiero haberte enterrado.

Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas,
al fuego arrebatadas de tus ojos solares:
precipitado octubre contra nuestras ventanas,
diste paso al otoño y anocheció los mares.

Te ha devorado el sol, rival único y hondo
y la remota sombra que te lanzó encendido;
te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,
tragándote; y es como si no hubieras nacido.

Diez meses en la luz, redondeando el cielo,
sol muerto, anochecido, sepultado, eclipsado.
Sin pasar por el día se marchitó tu pelo;
atardecíó tu carne con el alba en un lado.

El pájaro pregunta por ti, cuerpo al oriente,
carne naciente al alba y al júbilo precisa;
niño que sólo supo reír, tan largamente,
que sólo ciertas flores mueren con tu sonrisa.

Ausente, ausente, ausente como la golondrina,
ave estival que esquivo vivir al pie del hielo:
golondrina que a poco de abrir la pluma fina,
naufraga en las tijeras enemigas del vuelo.

Flor que no fue capaz de endurecer los dientes,
de llegar al más leve signo de la fiereza.
Vida como una hoja de labios incipientes,
hoja que se desliza cuando a sonar empieza.

Los consejos del mar de nada te han valido...
Vengo de dar a un tierno sol una puñalada,
de enterrar un pedazo de pan en el olvido,
de echar sobre unos ojos un puñado de nada.

Verde, rojo, moreno; verde, azul y dorado;
los latentes colores de la vida, los huertos,
el centro de las flores a tus pies destinado,
de oscuros negros tristes, de graves blancos yertos.

Mujer arrinconada: mira que ya es de día.
(¡Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada!)
Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía,
la noche continúa cayendo desolada.

(1939)

¿Para qué me has parido, mujer?
¿Para qué me has parido?

Para dar a los cuerpos de allá
este cuerpo que siento hacia aquí,
hacia ti traído.

Para qué me has parido, mujer,
si tan lejos de ti me has parido.

No te asomes
a la ventana,
que no hay nada en esta casa.

Asómate a mi alma.

No te asomes
al cementerio,
que no hay nada entre esos huesos.

Asómate a mi cuerpo.

Rueda que irás muy lejos.
Ala que irás muy alto.
Torre del día, niño.
Alborear del pájaro.

Niño: ala, rueda, torre.
Pie. Pluma. Espuma. Rayo.
Ser como nunca ser.
Nunca serás en tanto.
Eres mañana. Ven
con todo de la mano.
Eres mi ser que vuelve
hacia su ser más claro.
El universo eres
que guía esperanzado.

Pasión del movimiento,
la tierra es tu caballo.
Cabálgala. Domínala.
Y brotará en su casco
su piel de vida y muerte,
de sombra y luz, piafando.
Asciende. Rueda. Vuela,
creador de alba y mayo.
Galopa. Ven. Y colma
el fondo de mis brazos.

Era un hoyo no muy hondo,
casi en la flor de la sombra.
No hubiera cabido un hombre
dentro de su tierra angosta.
El cupo: para su cuerpo
aún quedó anchura de sobra,
y no la quiso llenar
más que la tierra que arrojan.

En la casa había enarcado
la felicidad sus bóvedas.
Dentro de la casa había
siempre una luz victoriosa.

La casa va siendo un hoyo.
Yo no quisiera que toda
aquella luz se alejara
vencida desde la alcoba.

Pero cuando llueve, siento
que el resplandor se desploma,
y reverdecen los muebles
despintados por las gotas.

Memorias de la alegría,
cenizas latentes, doran
alguna vez las paredes
plenas de la triste historia.

Pero la casa no es,
no puede ser, otra cosa
que un ataúd con ventanas,
con puertas hacia la aurora;
golondrinas fuera, y dentro
arcos que se desmoronan.

En la casa falta un cuerpo
que aleteaban las alondras.

La alegría entre nosotros
es una ráfaga torva.

En la casa falta un cuerpo
que en la tierra se desborda.

106 El último rincón

El último y el primero:
rincón para el sol más grande,
sepultura de esta vida
donde tus ojos no caben.
Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Por el olivo lo quiero,
lo percibo por la calle,
se sume por los rincones
donde se sumen los árboles.
Se ahonda y hace más honda
la intensidad de mi sangre.
Carne de mi movimiento,
huesos de ritmos mortales,
me muero por respirar
sobre vuestros ademanes.
Corazón que entre dos piedras
ansiosas de machacarle,
de tanto querer te ahogas
como un mar entre dos mares.
De tanto querer me ahogo,
y no es posible ahogarme.
¿Qué hice para que pusieran
a mi vida tanta cárcel?
Tu pelo donde lo negro
ha sufrido las edades
de la negrura más firme,
y la más emocionante:
tu secular pelo negro
recorro hasta remontarme

a la negrura primera
de tus ojos y tus padres:
al rincón del pelo denso
donde relampagueaste.
Ay, el rincón de tu vientre;
el callejón de tu carne:
el callejón sin salida
donde agonice una tarde.
La pólvora y el amor
marchan sobre las ciudades
deslumbrando, removiendo
la población de la sangre.
El naranjo sabe a vida
y el olivo a tiempo sabe
y entre el clamor de los dos
mi corazón se debate.
El último y el primero:
náufrago rincón, estanque
de saliva detenida
sobre su amoroso cauce.
Siesta que ha entenebrecido
el sol de las humedades.
Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, nadie.

El hombre no reposa...

El hombre no reposa: quien reposa es su traje
cuando, colgado, mece su soledad con viento
mas una vida incógnita, como un vago tatuaje,
mueve bajo las ropas dejadas, un aliento.

El corazón ya cesa de ser flor de oleaje.
La frente ya no rige su potro, el firmamento.
Por más que el cuerpo, ahondando por la quietud trabaje,
en el central reposo se cierne el movimiento.

No hay muertos. Todo vive: todo late y avanza.
Todo es un soplo extático de actividad moviente.
Piel inferior del hombre, su traje no ha expirado.

Visiblemente inmóvil, el corazón se lanza
a conmover al mundo que recorrió la frente.
Y el universo gira como un pecho pausado.

Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?

Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?
¿Esto es mi tumba o es mi bóveda materna?
Pasa el latido contra mi piel como una fría
losa que germinara caliente, roja, tierna.

Es posible que no haya nacido todavía,
o que haya muerto siempre. La sombra me gobierna.
Si esto es vivir, morir no sé yo qué sería,
ni sé lo que persigo con ansia tan eterna.

Encadenado a un traje, parece que persigo
desnudarme, librarme de aquello que no puede
ser yo y hace turbia y ausente la mirada.

Pero la tela negra, distante, va conmigo
sombra con sombra, contra la sombra hasta que rueda
a la desnuda vida creciente de la nada.

Sonreír con la alegre tristeza del olivo

Sonreír con la alegre tristeza del olivo,
esperar, no cansarse de esperar la alegría.
Sonriamos, doremos la luz de cada día
en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.

Me siento cada día más libre y más cautivo
en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.
Cruzan las tempestades sobre tu boca fría
como sobre la mía que aún es un soplo estivo.

Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece
como un abismo trémulo, pero batiente en alas
Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.

Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.
Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.
Con sonrisa te fuiste de la tierra y del cielo.



Epílogo



Recuperar la libertad

*La libertad es algo
que sólo en tus entrañas
bate como el relámpago.*

M. H.

Quisiera comenzar este breve testimonio de mi admiración por Miguel Hernández con una afirmación simple: para quienes no podemos vivir sin husmear un libro de poesía, su obra es completamente irremplazable. Los poemas de Miguel Hernández retratan la condición humana con una precisión y honestidad casi únicos. No hay autores comparables a Miguel Hernández en el modo en que este trata temas tan elementales —y, por lo mismo, difíciles de abordar con originalidad— como la muerte y el amor, la injusticia y la violencia, aunque sí muchos herederos. En pocas palabras, pocos poetas han escrito con la fuerza telúrica que le caracteriza. En sus mejores textos, Miguel Hernández nos recuerda una y otra vez su vocación por dar cuenta de experiencias primarias en que se reconoce nuestra finitud. En cada uno de esos asomos a la condición humana, la obra de Miguel Hernández es una experiencia sensorial completa. Puesto que Hernández escribe con sus cinco sentidos. Así, es capaz de relevar sensaciones de la vida humana que han quedado postergadas en la experiencia digital y aséptica de hoy. En efecto, los poemas de Hernández no sólo se observan o se escuchan: también se huelen, se tocan y se gustan. Por ello, su poesía tiene una trascendente inmediatez que resulta extraña en la poesía contemporánea, mucho más dada al experimentalismo, al juego imaginativo, al coloquialismo o a la meta-poesía.

La poesía de Hernández no ha sido escrita para ser interpretada o estudiada por expertos ocultos en la torre de marfil universitaria o en la trinchera de la crítica. Insisto: fue escrita para representar en la palabra el dolor de la humanidad. En ese sentido, se acerca mucho más al testimonio oral que al testimonio escrito. Quizá por eso, es tan compatible con el trabajo de trovadores modernos, como Joan

Manuel Serrat o Paco Ibañez, que han sido para muchos (lo fueron para mí) la puerta de entrada a su poesía. Quienes escuchamos las versiones musicales de la poesía de Hernández (antes de leer a Hernández) difícilmente podemos apartar de nuestra memoria el sonido de las mismas cuando releemos algunos de sus textos clásicos tales como *Elegía*, *Aceituneros* o *Umbrío por la pena*.

La poesía de Miguel Hernández es poesía de su tiempo. Y su tiempo fue un tiempo de horror. Puesto que Miguel Hernández escribe el grueso de su obra en una de las décadas más convulsas del siglo XX, la década del treinta, la misma década en que Hitler y Stalin transformaban de modo decidido a Europa en un gran escenario de guerra y persecución y aprestaban a sus pueblos para un conflicto genocida. Entonces, como respuesta o como grito desgarrado, Miguel Hernández produce una obra saturada de humanidad, desafiando a la pobreza y la violencia, y haciendo de ambas sujeto y objeto de su poesía.

Miguel Hernández fue protagonista principal de ese preludio de la Segunda Guerra Mundial que fue la Guerra Civil española, uno de los primeros teatros donde Hitler y Stalin midieron sus fuerzas, asfixiando hasta la muerte a la España republicana. Quiso el destino o el azar que un poeta del temperamento de Hernández alcanzara su madurez y encontrara en esta guerra el contexto en que desarrollaría parte importante de su obra. Quiso ese mismo destino que sus opciones estéticas y formales tuvieran un calce dolorosamente perfecto con sus circunstancias.

Uno de los principales atributos de la poesía de guerra de Hernández es que, a pesar de los peligros propios de la poesía militante, esta nunca nos parece engañosa. La voz de Hernández tiene la peculiaridad de que es una voz siempre creíble (incluso en sus errores). Y ser creíble es quizá una de las cualidades más difíciles de alcanzar en poesía, especialmente en la poesía política y más aún en la poesía de guerra, donde la lucha por la sobrevivencia nubla a menudo la lucha por la trascendencia.

El valor de la poesía política de Hernández no es historiográfico. Su poesía está teñida de urgencia, pero tiene un valor permanente. En virtud de la fuerza expresiva de sus textos, sus poemas nos hacen revivir la Guerra Civil española, cada vez que volvemos a ellos, de

una forma casi cinematográfica. Sus poemas son tanto despachos de guerra como postales dantescas de la destrucción de España:

«Italia y Alemania dilataron sus velas
de lodo carcomido,
agruparon, sembraron sus luctuosas telas,
lanzaron las arañas más negras de su nido.

Contra España cayeron, y España no ha caído».
(De «Euzkadi»)

Pero España cayó. Y con ella cayó Miguel Hernández, primero condenado a muerte por un consejo de guerra, luego a una pena de cárcel de treinta años. Conocemos el desenlace. El poeta finalizaría sus días ya comenzada la Segunda Guerra Mundial, enfermo en las cárceles de la dictadura franquista. Desde entonces, su figura y su poesía quedaría trenzada con el recuerdo de la dolorosa experiencia de la derrota del bando republicano en la Guerra Civil.

A diferencia de la hiperrealidad de la guerra contemporánea, que llena nuestras pantallas pero satura nuestro entendimiento, la guerra que describe Hernández está saturada de realidad. En sus textos, dos bandos humanos se enfrentan en las palabras, antes de trabar su definitivo comercio de violencia. La imagen de la guerra que transmite Hernández es personal, no sólo porque habla de una guerra fratricida sino también porque Hernández tiene la capacidad de transmitirnos toda su brutalidad:

«Van derramando piernas, brazos, ojos,
van arrojando por el tren pedazos.
Pasan dejando rastros de amargura,
otra vía láctea de estelares miembros».

(De «El tren de los heridos»)

Leer a Hernández nos permite recuperar así, al menos en parte, nuestra conciencia de la realidad de la guerra, lo que resulta cada vez más necesario. En la era de la guerra permanente, en nuestra nueva aprehensión

global de la violencia bélica, a menos que seamos víctimas directas de ella, hemos extraviado no sólo nuestras sensaciones sino que también nuestras emociones. La conciencia de guerra contemporánea es la conciencia de un operador de drones, quien puede prescindir de viajar hasta el frente y aun así ejecutar operaciones bélicas usando medios digitales sin arriesgar su vida (aunque sí su mente). En esta época de guerra ya no televisada sino que compartida de un modo abundante por la *matrix* semiótica en que se ha transformado Internet, somos todos, en cierta medida, operadores de drones. Como ellos, somos testigos de una violencia incalculable y tenemos nuestra conciencia igualmente embotada. Leer a Hernández hoy, nos permite volver a conectarnos de otro modo con la naturaleza de la guerra, con la desesperación de quienes resisten o escapan de su violencia, con su voracidad destructora.

«Llegaron a las trincheras
y dijeron firmemente:
¡Aquí echaremos raíces
antes que nadie nos eche!
Y la muerte se sintió
orgullosa de tenerles».

(De «Llamo a la juventud»)

Al releer la poesía de guerra de Hernández, llama la atención que su poesía ponga el acento no tanto en el conflicto ideológico a la base como en el choque brutal entre campesinos e invasores. Véase, por ejemplo, el llamado que hace Hernández a los primeros en *Campesino de España*:

«Campesino, despierta,
español, que no es tarde.
A este lado de España
esperamos que pases:
que tu tierra y tu cuerpo
la invasión no se trague».

En ese escenario saturado de imaginación campesina, lugar destacado tiene el bestiario propio de España, donde la imagen taurina juega un

rol principal. No puedo si no pensar en el celebre *Guernica* de Pablo Picasso cuando leo estas palabras:

«Alza toro de España: levántate, despierta.
Despiértate del todo, toro de negra espuma,
que respiras la luz y rezumas la sombra,
y concentras los mares bajo tu piel cerrada».

(De «Llamo al toro de España»)

Y tal como en el cuadro, Hernández nos muestra cómo la violencia hace estallar el bestiario español en mil pedazos. En su poema *España en ausencia*, nos presenta un retrato que bien podría ser un comentario al *Guernica*, donde invocando a su patria dice:

«Subes conmigo, vas de cumbre en cumbre,
mientras tus hijos, mis hermanos, ruedan
como ganaderías de indestructible lumbre,
de torres y cristales:
de potros que descienden y se quedan,
chocándose, volcándose, suspensos
de varios precipicios celestiales,
de relincho a torrentes y los brazos inmensos».

Una de las características que más me atrae de Miguel Hernández es que está muy lejos de ser un poeta ingenuo. Por el contrario, es un poeta de una inteligencia incisiva y poderosa. Lejos está de celebrar un paraíso natural perdido o asaltado por la violencia de la guerra moderna. La España campesina a la que convoca Hernández a defenderse no está exenta de brutales relaciones de explotación, como las que retrata en su poema *Aceituneros*, que tan bellamente musicalizase Paco Ibáñez:

«Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor».

Otro brillante ejemplo de esta sensibilidad crítica de la España tradicional es *El niño yuntero*:

«Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado».

Por lo mismo, como respuesta a la injusticia social y a la agresión del fascismo, Hernández no dudó en adoptar la misma religión secular a la que adhirieron tantos escritores del siglo XX:

«Rusia y España, como fuerzas hermanas,
fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.
Y sólo se verá tractores y manzanas,
panes y juventud sobre la tierra».

(De *Rusia*)

Sin embargo, en esa adhesión, Miguel Hernández no es inmune a las cegueras ideológicas. Precisamente por la experiencia que tenía Miguel Hernández de la violencia y del hambre, y aun con el beneficio que da la distancia del tiempo, no deja de perturbarme esta celebración que hace de la figura de Stalin en ese mismo poema:

«Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,

y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como a un esfuerzo inmenso le cabe: inmensamente».

Hernández no es el único poeta del siglo XX en celebrar a Stalin. La muerte del dictador soviético fue para Neruda el equivalente de que «se quebrara la tierra» (*Oda a Stalin*). Curiosamente, el libro que contiene las alabanzas de Hernández a Stalin, *El hombre acecha*, está dedicado al mismo Neruda. (La influencia de Hernández en Neruda es gigantesca, por lo demás, como lo muestra una lectura de los poemas políticos del *Canto General*, libro que adopta estrategias retóricas muy similares a las usadas por Miguel Hernández en su poesía de guerra). Con la ventaja que nos da conocer el desenlace de los espejismos ideológicos del siglo XX, sabemos hoy que toda poesía está expuesta a caer en las trampas de sus propias opciones políticas, especialmente aquella que se escribe en el clima de polarización de una guerra civil. Por razones poderosas, Miguel Hernández no dudó en poner la palabra al servicio de luchas justamente motivadas. Prueba de su eficacia era que su poesía era transmitida por el *Altavoz del frente* para motivar a los suyos e intimidar a los adversarios. Cuesta pensar que exista hoy en el mundo un general que tenga tanta fe en las palabras de un poeta (o poetas dispuestos a poner sus capacidades al servicio de cualquier general). Sin embargo, y a pesar de los atenuantes del contexto en que Hernández escribe, lo que más me golpea de la celebración que hace el poeta de la figura de Stalin es que, pocos años antes de publicado este poema, en 1933, en Ucrania, las medidas totalitarias de ese mismo Stalin habían provocado una hambruna de ribetes genocidas, *cuyas víctimas principales también fueron campesinos*. Por lo mismo, esa referencia al pueblo que *prodiga los trigos como a un esfuerzo inmenso le cabe...* tiene, vista desde hoy, oscuras resonancias. La guerra tiene la capacidad de carcomerlo todo. Incluso la poesía. Hay otras imágenes de la poesía escrita por Hernández que me provocan similar incomodidad, precisamente por la certeza absoluta que marca de modo tan propio el tono de su escritura. Cuando el poeta habla de la mujer, desde el punto de vista de la batalla, esta queda a veces reducida a su condición meramente reproductiva o asistencial del héroe masculino:

«Parid y llevad ligeras
hijos a los batallones,
aceituna a las trincheras
y pólvora a los cañones».

(De «Andaluzas»).

Más allá de esta poesía de agitación y movilización, que sin duda debemos leer y conocer, hay otro Miguel Hernández que es el que capturó de modo definitivo mi atención y mi devoción como lector. Es el Miguel Hernández que escribe —ya sea en sus primeros poemas, ya sea en el escenario de guerra, ya sea desde la cárcel— sobre emociones y experiencias básicas humanas. En efecto, es en esos momentos, en que la poesía de Hernández nos muestra que la guerra, la violencia y el hambre, no impiden a un poeta alcanzar niveles mayores de humanidad y trascender las violentas demandas del conflicto bélico. Ese poeta es el Miguel Hernández que escribe con lo que parece ser un *conocimiento propio de la especie humana* —antes que con el conocimiento de un mero individuo— sobre aquellos eventos donde la corporalidad alcanza trascendencia. Por ejemplo, es el poeta que escribe sobre la concepción y nacimiento de un hijo, como lo hace en *Hijo de la luz y la sombra*, un poema extraordinario donde celebra la concepción y parto de un hijo:

«La sombra pide, exige seres que se entrelacen,
besos que la constelen de relámpagos largos,
bocas embravecidas, batidas que atenacen,
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida».

Y luego, en otra sección del poema:

«La gran hora del parto, la más rotunda hora:
estallan los relojes sintiendo tu alarido,

se abren todas las puertas del mundo, de la aurora,
y el sol nace en tu vientre donde encontró su nido».

En textos como este, por la voz de Hernández, parece hablar la especie humana. Se entiende entonces que este poeta tenga, además, la capacidad de celebrar con belleza sublime experiencias físicas que uno pensaría imposibles de poetizar, como el sudor:

«Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
no usaréis la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros.

Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
la encendida hermosura reside en los talones
de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
como constelaciones».

(De «El Sudor»)

Donde Miguel Hernández es, para mí, un autor sin par es en su capacidad de enfrentar a la muerte y vencerla por medio de la palabra. Dos de sus Elegías, están dentro de las más potentes que se hayan hecho en lengua española. Una de ellas está dedicada a su hijo:

«Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas,
al fuego arrebatadas de tus ojos solares:
precipitado octubre contra nuestras ventanas,
diste paso al otoño y anocheció los mares.

Te ha devorado el sol, rival único y hondo
y la remota sombra que te lanzó encendido;
te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,
tragándote y es como si no hubieras nacido».

(De «A mi hijo»)

La otra, escrita con ocasión de la muerte de su amigo Ramón Sijé, conocida y cantada por numerosas generaciones en la versión musical de Joan Manuel Serrat, contiene en tres de sus estrofas una síntesis de toda la obra, toda la vida y todo el dolor de Miguel Hernández:

«Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada».

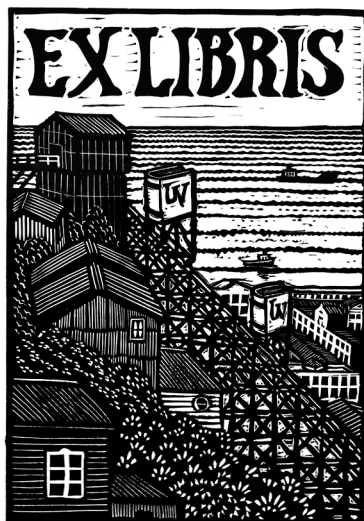
Hernández falleció en 1942. Yo conocí la poesía de Miguel Hernández más de cuatro décadas después, en Santiago, en el segundo lustro de la década del ochenta, al modo en que aprendimos poesía los adolescentes de entonces: fuera del colegio, en algunas bibliotecas descuidadas, en libros que por algún motivo habían vencido a la censura real o imaginaria y al descuido. Lejos, por ello, de la didáctica escolar, que me habría hecho imposible acercarme a la poesía de Hernández del modo que esta lo requiere: esto es, de un modo intuitivo, escuchando antes que leyendo. Quizá por lo mismo, recuerdo muy bien haber oído al poeta Guillermo Trejo, en uno de sus talleres literarios, declamar *Umbrío por la pena* ante el silencio maravillado de una audiencia que buscaba leer antes que escribir.

Sartre escribió en un famoso ensayo, aludiendo a naturaleza heroica de la resistencia, «nunca fuimos tan libres como bajo la ocupación alemana». Quizá nunca leí poesía con tanta libertad como bajo la oscuridad de la dictadura. Leer los poemas de Hernández, entonces, era para mí —quizá de un modo meramente ilusorio, era joven, y la juventud tiene dosis heroicas de ingenuidad— una forma de resistencia personal y secreta a la monotonía de cuartel

que imponía la dictadura. El lenguaje de Hernández fue entonces, para mí, parte de un lenguaje más amplio y prohibido por el poder totalitario. Ese lenguaje censurado era la poesía. Porque leí, entre otros a Hernández, puedo decir que sobreviví.

Hoy, cuando la lectura de poesía se ha transformado en un asunto de especialistas académicos, cuando los poetas han renunciado a hablar por otros y para otros y están ocupados tratando de encontrar su voz, cuando los escritores se han transformado en celebridades antes que en intelectuales públicos, Miguel Hernández nos viene a recordar el sentido de la palabra y la misión de la poesía. En la bella precisión y dolorosa certeza de sus versos, pocos autores nos invitan a reconocer nuestra humanidad del modo que lo hizo Miguel Hernández. Recordemos y memoricemos, entonces, sus mejores poemas. Recuperemos nuestra libertad.

David Preiss



Desde el puerto de Valparaíso, zarpan estos libros editados por la Universidad de Valparaíso, como gesto esencial de su misión de Universidad Pública. Libros que han sido confeccionados con los materiales más nobles y con sus páginas encuadradas y cosidas prolijamente para subir —como los ascensores de esta ciudad— desde el plan hasta los cerros, uniendo perspectivas, en una navegación a lo abierto, horizonte de toda poesía y pensamiento.



COLOFÓN

Este libro ha sido editado por
la Editorial UV de la Universidad
de Valparaíso. Fue impreso en los
talleres de Ograma. En el interior se utilizó
la fuente Swift —en sus variantes light, light
italic y regular— sobre papel bond ahuesado 80 gramos.
La portada fue impresa en papel Nettuno de 280 gramos. En
la encuadernación se utilizó hilo de color rojo. El grabado
del «ex libris» fue realizado por Cristián Olivos. La
versión impresa acabose el día siete de julio
de dos mil diecisiete. Esta versión
digital —gratuita— fue creada
y difundida el veintitrés
de abril de 2024.





UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

POESÍA

Miguel Hernández (1910-1942) es, él mismo, «un rayo que no cesa» de la poesía. Perito en las formas clásicas de la gran poesía española del siglo de oro, a las cuales les infundió humanidad, tragedia, muerte y vida. El pastor de Orihuela que se subía a los árboles cuando niño, nos hace ascender con él a las cimas del sonido y el sentido, ahí donde habían llegado San Juan de la Cruz, Quevedo y Góngora. Elegíaco hasta la médula, Hernández supo nombrar y describir el dolor humano como pocos lo han hecho en poesía: «no hay extensión más grande que mi herida / lloro mis desventuras y sus conjuntos / y siento más tu muerte que mi vida». Nadie como este poeta ha llevado las palabras de nuestro idioma tan lejos.

Esta edición —con iluminadoras notas del poeta Rafael Rubio y con ilustraciones de Julio Escámez— nos permite seguir de muy cerca la fulgurante trayectoria vital y poética de este «rayo que no cesa».

